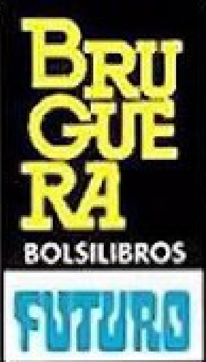


CONQUISTA ESPACIO

LA CRIATURA DE LA LUNA

Lem Ryan

CIENCIA FICCION

LA CRIATURA DE LA LUNA

Título Original: *La Criatura De La Luna*

Colección: La Conquista Del Espacio 687
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.49
Generado por: Anset, 19/09/2012

CAPÍTULO I

Era de noche y la Luna estaba alta, redonda por completo, enturbiando con su luz el brillo parpadeante de las estrellas. La campiña francesa permanecía silenciosa.

Una noche propicia para el amor. Al menos, eso parecía.

La noche cálida; la Luna llena en el cielo; la paz de aquel robledal... Todo era perfecto.

Por todas esas razones Pierre Boloix solía escoger aquel lugar durante el verano para sus «aventurillas», como él las llamaba. Aquella noche no tenía por qué ser diferente.

En aquella ocasión, la «aventurilla» era una espléndida rubia de agresivas curvas y poderosos pechos. Lástima que fuera tonta. Pero eso no importaba. Al menos, no para lo que Pierre quería.

Sólo sabía de ella que se llamaba Ivonne y que estaba «para parar un tren». La conoció en una discoteca de Avignon, donde se la presentó un par de horas antes un amigo que, sonriendo, le garantizó:

—Muestra tu mejor sonrisa, pórtate bien con ella y, *mon ami* verás de lo que es capaz cuando se pone cachonda.

Hasta ahora él hizo todo lo que su amigo le aconsejó, cosa que no le resultó difícil porque solía tener mucho éxito con las chicas. Y la rubia, aunque era imbécil como pocas, también quería... pues eso. Por eso, después de un par de horas de parloteo intrascendente, riendo por auténticas tonterías, fue la chica la que sugirió «ir a un lugar más tranquilo».

Pierre, que estaba que ardía, no se hizo de rogar y, relamiéndose de placer anticipado, pensando en las delicias de aquella rubia despampanante y en el buen rato que iba a pasar entre aquellas carnes duras, macizas, ni corto ni perezoso la llevó hasta su refugio particular, su nido de amor veraniego, con la ayuda de su moto.

Y allí estaban los dos, sobre la hierba, al lado de un gigantesco roble que parecía mirarles desde las alturas, con sus ramas inmóviles pues no hacía ni el más mínimo viento. Un búho estaba posado en él. Podían oírle perfectamente con sus continuos «Uuuuu… Uuuuu…».

Los labios de Ivonne parecían una dulce ventosa, y su lengua una ardorosa serpiente. Sus cuerpos se enroscaban, como enfebrecidos.

Ivonne gimió y apartó un poco de sí el poderoso torso de Pierre. De esa manera pudo desabrocharse la blusa que llevaba y dejar en libertad sus pechos. Dos impresionantes globos de carne salieron al exterior y Pierre pudo contemplarlos en toda su magnitud. Eran aún mayores de lo que él imaginó, y rematados en sendos electrizados pezones. Sin embargo, pese a su considerable tamaño, se sostenían sin ningún problema y, cuando Ivonne volvió a la carga al aplastar su pecho contra el del joven, éste pudo sentir toda su tremenda dureza.

Pierre absorbió una de aquellas rojas fresas, mordisqueándola después, mientras su diestra se deslizaba por el ya desnudo vientre de aquella exuberante mujer. Ella ya habla desabrochado su falda tejana y el joven pudo llegar con facilidad hasta su objetivo. Su mano se perdió entre los bronceados muslos de Ivonne, acariciando con maestría su intimidad, arrancándole escalofríos de placer.

—¿Te gusta? —preguntó con una sonrisa cínica el joven.

—Si… si… —respondió Ivonne con voz entrecortada—. ¡No! ¡No lo dejes! ¡Continúa!

Pierre se había incorporado y miraba sonriente el semidesnudo y apetitoso cuerpo de su amiguita recién obtenida.

—¿Qué haces? —le preguntó la joven, deseosa de que continuase.

Pierre no contestó. Hay cosas que es mejor no decir con palabras, sino con actos. Esta era una de ellas.

Se desnudó en seguida, despojándose de la camisa y los jeans, al igual que del *slip*, quedando completamente desnudo antes los ojos de la fascinada Ivonne.

—¿Qué te parezco? —quiso saber.

—Estás muy bien dotado —contestó Ivonne, mirando con verdadera admiración sus músculos bronceados, su poderoso cuerpo

de atleta—. Espero que, con todo eso que tienes, me hagas pasar un buen rato.

—Podría decir lo mismo de ti —replicó sonriente el joven—. No te preocupes, nunca decepcioné a ninguna mujer.

Y, sin decir más, se lanzó a la carga, arrodillándose ante aquella poderosa *walkiria* del sur de Francia, que separó las piernas cuanto pudo para facilitarle el camino. De sus trémulos labios brotó un gemido ahogado al sentir que el joven se estaba abriendo camino en sus entrañas y sintió el placer en oleadas que amenazaban con despedazarla. Toda la virilidad de Pierre estaba ya dentro de ella y el joven, con sus continuos movimientos, en los que ella colaboraba con sus propias caderas, aumentaba aún más aquella sensación.

Ella llegó al clímax poco después, agitándose bajo el desnudo cuerpo de Pierre como si la estuviera matando. Ninguno de los dos oía nada. Sólo sentían aquel placer arrollador que les acometía.

De pronto el joven se puso rígido, mientras comenzaba a resoplar como un toro herido y sus manos se engarfiaban en los brazos de Ivonne. Esta, con un grito de alegría, acogió en su interior la semilla del macho, al mismo tiempo que volvía a experimentar la llegada del orgasmo. Todo el bosque se llenó de gemidos y resoplidos.

Por fin, sudorosos y cansados momentáneamente, quedaron inmóviles. Pierre volvió a ponerse rígido al instante. Pero no por la misma razón.

—¿Qué sucede, *mon amour*? —preguntó, mimosa, aquella hembra de auténtico fuego.

Pierre miró en derredor.

—El bosque... —dijo—. Está muy silencioso.

—Mejor —Ivonne se abrazó a él, dispuesta a emprender un nuevo viaje por los reinos del placer—. Así podremos continuar sin temores.

Pierre no dijo nada. Le inquietaba aquella súbita tranquilidad en que se habla sumido el bosque. Ya no se oía al búho. Ni siquiera se escuchaban los mil y un crujidos característicos en un bosque.

Él estaba acostumbrado a vivir en la montaña, pues en muchas ocasiones, bien solo o con algunos amigos y amigas, por supuesto, solía pasar fines de semanas enteros por los bosques del sur francés. Y aquello no era normal.

Pero ¿qué más daba?, se dijo, galvanizado por las caricias enervantes de la rubia Ivonne, que parecía desear más juerga. Volvieron a ponerse en brazos de la sensualidad.

Pero en aquella ocasión fue diferente.

De pronto, algo imposible en aquellos parajes: un aullido.

Largo, estremecedor, surgido de algún punto inconcreto, llenándolo todo.

Ambos jóvenes se sobresaltaron, poniéndose sentados al instante, como impulsados por invisibles resortes. Ivonne se abrazó a Pierre, buscando protección en sus fuertes brazos.

—*Mon Dieu* —exclamó, asustada, mirando en torno con ojos grandes como platos—. ¡Un lobo!

—Tranquilízate, quizá sólo sea un gracioso —intentó restarle importancia a lo sucedido el joven—. Por aquí nunca han habido lobos.

De nuevo, como si hubiera escuchado las palabras de Boloix y pretendiese replicar, un nuevo y esta vez más prolongado aullido llegó hasta sus oídos, como una burla. Pero, naturalmente, Pierre no lo interpretó así. Ni tampoco Ivonne.

—*¡Sacre Bleu!* —estuvo a punto de gritar el joven, pero no lo hizo, por temor a que el pánico dominase a Ivonne—. Eso no puede hacerlo un hombre. ¡Es un lobo!

—Vámonos —dijo, con un ánimo que no sentía, mientras se incorporaba y comenzaba a vestirse—. No estoy dispuesto a que nadie se burle de nosotros.

Ivonne no dijo nada e imitó al joven. Estaba aterrorizada, pero lo disimulaba muy bien. La tranquilizó un poco el hecho de que la moto de Pierre estuviese tan cerca. Pronto todas sus prietas carnes quedaron ocultas bajo las prendas.

—¿Estás seguro…, de que es un hombre? —preguntó, sin parar de mirar en torno, para impedir sorpresas.

Las piernas de Pierre temblaron mientras se ponía los jeans. ¿Que si estaba seguro? ¡Maldita imbécil! Era mejor que se callase y saliesen pitando de allí cuanto antes.

No es que él fuera cobarde, pero…

Miró sobresaltado hacia unos arbustos. Le había parecido ver movimiento tras ellos. Llevó la diestra hasta el bolsillo posterior de sus jeans y sacó algo. Algo que chascó en sus manos tras una ligera

presión en algún resorte. Una brillante hoja de metal, de casi diez centímetros, apareció como por arte de magia.

Ivonne se sobresaltó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Pierre, con la navaja en ristre, decidido a emplearla si hacía falta—. ¡Responda o será peor!

Silencio. Tras aquellas matas parecía no haber nadie.

—¡Vámonos, Pierre! —sollozó Ivonne, con el miedo metido en el cuerpo.

—¡No, maldita sea! ¡Ahora estoy seguro de que es un hombre! —dijo el joven, acercándose sin vacilaciones, seguro de si—. ¡Un lobo me habría atacado ya!

Un sordo gruñido, que heló la sangre de Boloix en las venas, salió de los arbustos. Su valor se quebró de pronto, mientras sentía que sus cabellos se erizaban por el pánico.

Ivonne soltó un alarido.

Y entonces salió el ser que se ocultaba tras aquellas matas verdosas. Un ser tan espantoso que obligó a gritar también a Pierre, acometido por un súbito terror más allá de lo imaginable. Ivonne chilló más fuerte, llevándose las manos engarfiadas a la boca, en el paroxismo del terror, a punto de desmayarse.

Y no era para menos.

Jamás soñaron ambos con ver una criatura semejante. Ni siquiera en sus pesadillas más delirantes, después de ver un filme cualquiera en la que Oliver Reed o Paul Naschy fueran sus monstruosos protagonistas.

—¡No! Apártate... ¡Aléjate de mi!

Un gruñido aterrador surgió de aquellas poderosas fauces. Los ojos de la bestia parecían dos estrellas de muerte. Dos poderosos incisivos de casi tres dedos de largos brillaron a la luz de la Luna llena, entre las babeantes mandíbulas.

Aulló esta vez Pierre, al sentir sobre él el peludo cuerpo de la bestia, que con un brinco sorprendente cayó encima suyo, haciéndole caer de espaldas. El acero de su navaja mordió profundamente en la carne del monstruo, pero no impidió lo inevitable.

Un profundo boquete, del que salía a chorros un caudal de abundante sangre, se abrió en el cuello del joven por una feroz y brutal dentellada de aquellos escalofriantes colmillos, provocando

la muerte instantánea de Pierre Boloix.

Se incorporó el monstruo, sangrantes sus fauces. Miró con sus chillos rojos a la espléndida Ivonne. Esta chilló de nuevo ante aquel espectáculo alucinante y salió corriendo como una posesa, sin advertir la presencia de la Kawasaki de Pierre, que por otra parte tampoco sabría utilizar.

Corrió a través del bosque, notando en su pecho el loco palpitar de su corazón, al borde del infarto. Sus botines impedían que diese de sí todo lo que podían sus fuertes piernas en la carrera.

Tras ella oyó las pisadas de zarpas sobre la hierba. Sentía la cercanía del monstruo... y, por tanto, de la muerte.

Por mucho que lo hubiese intentado no lo hubiera conseguido. Aquel ser corría mucho más que Ivonne, quizá por su diabólica naturaleza. Lo cierto es que la alcanzó, desgarrando con sus peludas zarpas las ropas y las carnes de la muchacha. Se enrojecieron sus pechos a causa de un desgarro tremendo.

Cayó Ivonne, ya muerta, con los ojos desorbitados. Un mordisco en su cara había arrancado medio pómulo, volviendo monstruosas sus antes bonitas facciones.

Después comenzó el festín para el monstruo. Un festín sangriento, más bien una orgia de muerte teñida de rojo, a cargo de un ser salido de la más espantosa de las pesadillas.

* * *

Llovía casi torrencialmente, cosa muy poco frecuente en el sur galo. Sobre todo en verano. Y aún menos en aquella parte, tan cerca ya de Nimes.

El automóvil, un Citroen-8 color amarillo-verdoso, corría a respetable velocidad por aquel tramo solitario en demasía aquel día lluvioso, de la autopista que, partiendo de Lyon, llevaría a sus ocupantes hasta Nimes.

Conducía el coche una joven de rojos cabellos. En el asiento de atrás iba un hombre de pelo plateado debido a la edad. El camino se hizo ameno debido a la charla que sostenían ambos.

De pronto vieron al hombre.

Estaba parado a un lado de la autopista, de pie en medio de la lluvia. Empapado, con una mano sujetando las solapas de su negra cazadora, permanecía con el pulgar apuntando hacia la derecha, en clara señal de auto-stop.

—Para, hija —dijo el hombre del cabello plateado—. No podemos dejar así a ese chico.

La pelirroja obedeció y frenó pocos metros después de rebasar al joven autostopista. Esperaron unos momentos, mientras el joven corría hacia el coche. La muchacha abrió la portezuela del lado contrario.

La chorreante y morena cabeza del joven se hizo visible dentro del coche. Iba sin afeitar, con barba de varios días y tenía ojeras. Cuando habló, aunque lo hizo en francés, quedó bien claro que su acento era extranjero.

—*Merci* —agradeció primero—. ¿*Ou allez-vous*?

—A Nimes —respondió el hombre, en inglés—. ¿Es usted inglés?

—Bueno, no exactamente —pareció sorprendido el joven—. Soy americano.

—Pero ¡pase, hombre! Se está mojando.

—Pondré perdido el asiento —se disculpó.

—No importa, créame. —El joven se sentó y cerró la portezuela —. ¿Va usted también a Nimes?

—Si ustedes me llevan, sí —sonrió un poco sin ganas—. Gracias de nuevo.

—¿No tiene equipaje, ni nada, señor...?

—Hamilton —contestó—. Burt Hamilton. Y no, no tengo nada.

La pelirroja pisó el acelerador y el coche reanudó la marcha. Hamilton miró a la joven, que permanecía atenta a la conducción del vehículo. Fuera seguía lloviendo cada vez con más fuerza. Se oía el impacto de la lluvia en la capota.

—Me llamo Alfred Renaux —se presentó el hombre—. Ella es mi hija, Caroline.

—Encantado —inclinó un poco la cabeza en señal de saludo y volvió a sonreír sin ganas—. ¿Viven ustedes en Nimes?

Monsieur Renaux negó con la cabeza.

—Yo no, pero mi hija sí —respondió—. Yo estoy aquí de vacaciones, para pasar unos días junto a Caroline.

La chica miró durante un instante a su padre y sonrió.

—Pues parece que las fechas que has elegido para tus vacaciones no son muy buenas —comentó, mirando de nuevo al frente.

—Supongo que el tiempo mejorará —le restó importancia al hecho *monsieur Renaux*—. ¿Y usted, *monsieur* Hamilton? ¿También

está en nuestro hermoso país de vacaciones?

—Sí, así se le podría llamar —respondió Hamilton.

—¿Está hospedado cerca de aquí? Lo digo porque... Bueno, si no lleva equipaje es porque vive cerca. Es una tontería, claro.

—Se equivoca —dijo el joven, para su sorpresa—. No vivo aquí. A decir verdad, es la primera vez que voy a Nimes.

Renaux empezó a recelar tras aquellas palabras. Miró con evidente desconfianza a Hamilton.

—Entonces, ¿por qué desea ir a Nimes? Si nunca antes estuvo allí... Y sin nada. Bueno, comprenda que es extraño.

Hamilton —si así se llamaba de veras— no respondió en seguida.

—Sí, lo entiendo —dijo, por fin—. No debieron cogerme.

Aquellas palabras, dichas con tanta brusquedad y con voz fría, obligaron a volver la cabeza a Caroline.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendida—. ¿Acaso no necesitaba nuestra ayuda?

—Sí la necesito, y les estoy muy agradecido por llevarme. Pero ustedes no me conocen. Yo podría ser... un criminal. ¿Han pensado en ello? Usted es muy bonita, *mademoiselle*. Y soy fuerte. ¿No se les ha ocurrido pensar que podría hacerles algún daño?

Quedaron todos en silencio. Una losa parecía haber caído sobre el coche, pero no por ello aflojó la marcha Caroline.

—No creo que haya que exagerar tanto, *mon ami* —dijo Renaux —. Podemos imaginarnos que usted no es la fiera asesina de la que oímos hablar hace pocas horas por la radio.

Hamilton le miró, sobresaltado, como si tuviera ante él un espectro.

—¿Una... fiera? —logró articular con dificultad.

Estaba lívido. Su boca temblaba.

—¿No lo ha oído usted? ¡Ah, claro, usted no tiene radio! Lo han dado hace poco. Al parecer ayer encontraron en un bosque muy cercano a Avignon dos cadáveres despedazados a dentelladas. Según el locutor, se trataba de una pareja que fue sorprendida por una bestia carnicera. Un lobo o algo así. Pero lo más extraño del caso es que en el sur de Francia no hay lobos en libertad.

Renaux miró al joven. Parecía alucinado.

—¿Se encuentra bien, *monsieur* Hamilton?

El joven reaccionó entonces.
—Sí, perfectamente. Sólo estoy… un poco enfermo. Debe ser el remojón.
—No se preocupe —sonrió Caroline—. Soy enfermera y, si lo desea, le puedo dar algo, aunque estoy de vacaciones.
—No, gracias, no se moleste —negó Hamilton—. Yo mismo soy médico.
—¿Médico? —pareció gratamente sorprendido Renaux—. ¿Alguna especialidad?
—Cardiología.
—Muchacho, estamos unidos por la ciencia. Yo soy biólogo, y me parece que estas vacaciones me voy a aburrir demasiado si no tengo alguien con el que charlar sobre la ciencia. ¿Trabajas en Francia?
—No.
Un letrero les indicó que estaban entrando en Nimes. Cruzaron su frontera municipal.
—Entonces… no lo entiendo. ¿Qué demonios haces en Francia, si no…?
Hamilton parecía preocupado, pensativo. Casi entristecido.
—Busco —respondió.
—¿Qué? ¿Qué es lo que buscas?
El joven se hundió en un absoluto mutismo al llegar allí. Parecía no querer hablar de aquello.
—Bueno, ya lo averiguaremos. ¿Tienes algún amigo aquí?
—No conozco a nadie en Nimes —parecía ya molesto por tanta pregunta el enigmático joven.
—Bien, pues ya tienes dos. Si no tienes prisa, te quedarás con nosotros unos días y así tendré alguien con quien charlar, a quien darle la tabarra, porque mi hija se largará con sus amigos y amigas y, si no tengo a nadie, voy a estar peor que una ostra. Yo tampoco conozco a nadie en Nimes, pero necesito unas vacaciones. ¿Qué contestas?
Hamilton asintió. ¿Qué podría perder?
Allí comenzó todo para la familia Renaux: cuando aceptaron en su casa a un desconocido del que sólo sabían que se llamaba Burt Hamilton y que era un cardiólogo americano. Quizá pensaban, tanto el padre como la hija, que aquello podía resultar interesante. Pero,

por mucho que imaginasen sobre aquel extraño personaje, jamás podrían dar con la verdad.

Y la verdad de Burt Hamilton... era una verdad de horrores y muertes.

* * *

Muchas de las casa de Nimes se encuentran en la periferia, fuera del casco urbano y separadas unas a otras. Ese era el caso de la vivienda de los Renaux. Mejor dicho, de Caroline Renaux.

No era muy grande, pero sí bonita. Y acogedora, que era lo más importante. Tenía dos pisos de altura y las paredes, en el interior, estaban forradas de madera.

Nada más entrar, Caroline obligó a Hamilton a cambiarse de ropa, cosa que consiguió sin demasiados problemas. Poco después, el joven bajaba de una de las habitaciones con unos pantalones y una camisa de *monsieur* Renaux, que hasta entonces habían estado en una maleta. Caroline metió toda la ropa, excepto la cazadora, en la lavadora, no sin antes haber sacado una cartera de bolsillo con los documentos de Hamilton y algo de dinero.

Después de mirar secretamente los documentos y percatarse de que el joven era quien decía ser, le entregó la cartera.

—¿Este es todo el dinero que tienes? —preguntó, curiosa, mientras Hamilton se guardaba la cartera.

Burt se dio cuenta entonces de que le tuteaban y decidió hacer lo mismo.

—Pues si —respondió, contrariado—. No es mucho, ¿verdad? Tendré que buscar un trabajo en Nimes y conseguir algo de dinero antes de irme. Si no, no sé cómo me las voy a apañar.

—Sin dinero no se llega muy lejos. Y sin embargo tú llevas poco dinero contigo. Ni siquiera tienes tarjetas de crédito o cheques. ¿Vienes así desde América? —Ante el asentimiento del joven, dijo —: Increíble. Y has llegado hasta aquí trabajando en un sitio y en otro, donde mejor te convenía, ¿no es así?

—Exactamente —asintió de nuevo—. Soy algo así como... un vagabundo.

—¿Y por qué has venido precisamente a Francia?

—¿Francia? —casi rio, aunque no llegó a hacerlo—. Llevo más de dos años vagando de un lugar a otro. España, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos... Ya no recuerdo todos los lugares en los

que estuve. Ahora estoy en Francia por casualidad. Estoy aquí... y eso es todo. Y quizá hubiera sido mejor para todos si no hubiera venido.

Caroline sonrió, sin comprender, y marchó para atender sus asuntos. Tenía muchas cosas que hacer en la casa.

Hamilton se acercó a una ventana. Ya no llovía, aunque los cristales continuaban mojados y aún había nubes en el cielo. Pero el sol, que ya era visible, pues no era cubierto por las algodonosas nubes, poco a poco alejaría la lluvia y calentaría el ambiente.

Pero eso era en el exterior. En el alma de Burt Hamilton todavía reinaba la oscuridad y ninguna luz la disipaba. Un frío sobrenatural se apoderaba de su corazón.

Era mediodía. Todavía no habían comido. Aún quedaba tiempo antes de que anocheciera.

La noche.

Tenía que marcharse antes de que se hiciera de noche. Si no, la muerte pasaría por aquella casa. Y él no lo deseaba.

Sacó su cartera del bolsillo. La abrió. Algo cayó al suelo.

Un papel doblado, de color azul.

Lo cogió. Lo miró durante un instante. Las letras eran de máquina y él no entendía todo lo que ponía allí.

Leyó un poco:

Centro de Investigaciones Biológicas. U.S.A.

Caso Lykos.

Sujeto: Burt Hamilton, cardiólogo, 32 años...

Los análisis y pruebas realizadas en el sujeto demuestran que, efectivamente, es un claro caso de mutación peligrosa y...

Levantó la vista del papel y miró las escaleras por las que subió *mademoiselle* Renaux. Sonrió. Estaba seguro de que ella había visto aquel papel...

CAPÍTULO II

—¿De qué me hablas, hija mía? —Renaux se removió, inquieto, en su sillón—. No entiendo ni una sola palabra de lo que me dices. ¿Quieres ser más clara?

Caroline Renaux miró en torno. Estaban solos en el comedor. Hamilton había ido a dar una vuelta después de comer.

—Sólo te digo que ese hombre, Hamilton, no me gusta nada. Es un tipo extraño. No habla apenas, y cuando lo hace nos deja aún más confusos. Llevamos varias horas con él y aún no sabemos quién es.

—Es tu opinión, *ma chérie*. Yo, en cambio, creo saber muchas cosas sobre ese hombre. No creo que sea peligroso. Más bien me inclino a pensar que ha ocurrido algo en su vida que le marcó para siempre. No sé qué pudo ser, pero me propongo averiguarlo.

—No sabía que te interesabas tanto por la psicóloga de los demás —apuntó irónica su hija.

—Creo que este caso lo merece. Además, si no me aburriría.

—Entiendo —Caroline sonrió—. Pero a mí no me puedes engañar. Sientes pena por él, ¿verdad?

—¿Pena? —su padre enarcó una ceja—. Hija mía, no vuelvas a decir eso. Y menos cuando ese joven se halle aquí. No quisiera que se ofendiera.

—¿Ofenderse? ¿Por qué?

—A nadie le gusta la compasión, Caroline. El maldito orgullo, ¿comprendes? No, no siento pena por él. Es sólo... interés. Hay algo en él. Algo misterioso, no sé si me explico.

—¿Y si yo te dijera que sé lo que es?

Alfred Renaux respingó.

—¿Lo sabes?

—En realidad, no. Pero antes vi algo que me inquietó bastante.

Era un papel.

—¿Un papel?

—Un informe médico o algo así. Tenía un sello de TOP SECRET.

—¿Top secret? ¿Leíste algo?

—Sólo algo sobre investigaciones biológicas y mutaciones. Algo sobre «Lykos»...

—«Lobo» —tradujo Renaux—. Griego. ¿Has dicho mutaciones?

—Sabía que te interesaría —sonrió de nuevo la francesita—. Sí, era un conjunto de tecnicismos intraducibles sobre biología lo que allí había. No entendí ni una sola palabra. Pero supuse que te gustaría saber todo eso. Por tus trabajos y libros sobre mutaciones.

—Tienes razón, hija mía —asintió su padre—. Me gustaría ver ese papel y saber lo que pone. Quizá pueda resultarme útil.

* * *

—Ah, Hamilton... ¿Ya ha terminado su paseo?

El joven asintió.

—¿Y qué le ha parecido este lugar, este pequeño rinconcito del mundo?

—Encantador —sonrió Hamilton—. Pero me temo que yo no podré estar aquí mucho tiempo.

—Si, ya me dijo mi hija que va donde le lleva el viento. ¿Es eso cierto?

—Me temo que sí. No tengo sitio fijo.

Renaux suspiró, mientras se dejaba caer sobre un sillón.

—También a mi me gustaría vivir así durante una temporada —dijo, mirando al techo, pero sin verlo—. Libre, sin rumbo fijo, sin ataduras. Le envidio, amigo mío, pues yo ya no estoy para esos trotes.

El rostro de Hamilton se nubló.

—No tiene nada que envidiarme —dijo, casi con aspereza—. En realidad, soy yo quien le envidia a usted. Alejarse de la Humanidad no siempre es agradable. Y menos en mi caso.

Monsieur Renaux no sonrió por miedo a estropearlo todo. Había llegado muy bien hasta allí. Podía sacarle más.

—Sí, supongo que depende de la persona —replicó, con aire cansino—. Pero la verdad es que yo ya estoy harto de mirar a través de los microscopios, de ir de ciudad en ciudad buscando mutantes...

Burt Hamilton palideció intensamente.

—¿Mutantes? —preguntó, procurando disimular su nerviosismo.

—Si. ¿No se lo había dicho? Soy biólogo, pero lo que más me interesa de la biología es la genética. Y en los últimos años, con la ayuda de unos amigos míos tan interesados como yo y de las autoridades de algunos países, me he dedicado casi por entero a la investigación de uno de los fenómenos más inquietantes de nuestro mundo: los mutantes. Hasta ahora no he conseguido gran cosa, pero espero obtener resultados dentro de poco.

Renaux miró con fijeza al joven. Seguía muy pálido. Y se notaba más porque se había afeitado poco antes.

—¿A usted no le interesa este tema?

—Si… Bueno… Yo…

En ese momento, entró Caroline con una radio en la mano.

—¿Ha oído, padre? —preguntó.

Monsieur Renaux se levantó, airado. Todo se había ido al carajo.

—¿Qué? —preguntó, a punto de soltar un taco gordísimo.

—Acaba de dar la radio una noticia sobre los asesinatos de ayer noche —informó Caroline, sin advertir la tensión que de pronto se apoderó del joven Hamilton—. Aún no han atrapado al causante. Pero se sospecha que no fue un lobo.

—¿Entonces? —tragó saliva Hamilton.

—Al parecer, se han encontrado huellas que hacen suponer que el asesino tenía un tamaño muy superior al que puede tener un lobo.

—¿Un oso? —apuntó otra posibilidad *monsieur* Renaux, interesado.

—No, la policía de la *Surete* sospecha que pudo ser un hombre, que haya entrenado a un perro para matar. O a un lobo. Y se ha aconsejado que nadie salga esta noche en toda la zona de Avignon, Nimes y Arles. Puede atacar otra vez. Este no es el primer caso en Francia. Se han dado otros.

Caroline se acercó a la ventana. Se volvió, diciendo:

—Y ya se está haciendo de noche…

* * *

—¡No es posible! No, ahora no…

Era Hamilton el que había hablado, después de haberse puesto bruscamente en pie, como si tuviera un escorpión en las posaderas. Su faz estaba demudada.

—¿Qué le sucede, Hamilton? —se interesó Renaux, incorporándose también—. ¿Está bien?

Hamilton no se anduvo con chiquitas. Sin miramientos, empujó al buen hombre y salió corriendo.

—¡Déjenme en paz! Aléjense...

Derribó muebles a su paso. Caroline, al verle, se asustó y se separó de la ventana.

Saltó Hamilton a través de ella, entre ruido de cristales rotos, y rodó por el jardín, para después volver a levantarse y alejarse corriendo de allí.

—¡*Vite*, Caroline! —gritó Alfred Renaux—. ¡Debe haber sufrido un ataque o algo parecido! ¡No podemos dejarle con un lobo asesino por la comarca!

Mientras tanto, Burt Hamilton seguía corriendo. Levantó la vista.

Jadeó. Allí estaba la maldita Luna, bañándolo todo con su luz, mientras los últimos rayos de sol desaparecían. Estaba redonda. Como la otra vez. Como todas las veces.

Debía marcharse, alejarse de allí lo más rápido posible. Si se quedaba, mucha gente moriría...

Se sintió torpe. Ya estaba allí... Todo volvería a comenzar.

Se tambaleó. ¿Para qué luchar contra lo inevitable?

Pero se resistió. No quería... No podía...

La sangre parecía convertirse en fuego líquido corriendo por sus venas, quemándole hasta las entrañas. El dolor traspasó su mente, su cerebro todo, como si éste se estuviese disolviendo.

Cayó de rodillas. Sudaba. La maldita Luna le quemaba la piel...

Miró sus manos, con ojos desorbitados. Luchó contra el cambio, contra la mutación. Pero ésta ya había comenzado. Nada la podía detener.

Todo se tiñó de rojo ante él. Le resultó difícil pensar... Estaba dejando de ser él mismo.

La maldición...

Comenzó a crecer el vello de todo su cuerpo, a volverse hirsuto como el de un animal salvaje. Sus manos se convirtieron en zarpas, creciendo sus uñas con rapidez inusitada.

Intentó gritar. Sólo un gruñido espantoso salió de su boca, que por momentos cambiaba, se transformaba...

Sus colmillos crecieron también de forma espantosa. Su rostro se

transformó en algo parecido al hocico de un perro... o de un lobo, pero con una dentadura monstruosa. Sus orejas se volvieron puntiagudas.

Después se levantó. Ya se había completado el cambio. Cesó el dolor.

Miró en derredor. Ya no era Burt Hamilton el que lo hacía, sino un monstruo mitad hombre, mitad bestia, que sólo pensaba en matar.

Muerte.

Sangre.

Comida.

Su hocico se llenó de baba. Un aullido escalofriante salió de su garganta bestial.

* * *

Caroline y su padre se pararon en seco al oír aquel aullido, sintiendo que la sangre se les helaba en las venas.

—*Mon Dieu* —gimió ella—. ¿Será tarde?

Miró a su padre, pálido su hermoso rostro.

—No lo sé, hija mía —se encogió de hombros el biólogo—. Quizá aún haya una posibilidad. Pero no seamos tontos...

Comenzó a correr de nuevo hacia la casa. Caroline, aterrorizada ante la idea de quedarse sola, le siguió. Entraron en ella y *monsieur* Renaux sacó un revólver de un cajón.

—¿Desde cuándo llevas armas? —se sorprendió la joven, mirándole con angustia.

—Siempre me ha gustado ir protegido. Pero no quería que tú lo supieras. Por eso la escondí al llegar en este cajón.

Salieron, reanudando el camino. Pero esta vez sin correr, mirando a todos los lados con evidente aprensión.

—Sería mejor que te quedases en casa, hija —dijo Renaux, temiendo por su suerte—. No quisiera que te pasara algo.

—¿Y dejarte solo? —pareció enojada—. ¡Ni hablar! Prefiero ir contigo.

—Pero... recuerda lo que le pasó a aquella pareja.

—Aquella pareja no tenía un revólver cargado. Nosotros sí.

* * *

El hombre del traje oscuro miró su reloj de pulsera. Ya había

pasado la hora y el otro no aparecía.

Las órdenes fueron claras: a las tres de la madrugada recibiría los informes. Eran y cuarto y el que debía darle los papeles no daba señales de vida.

Nada en su rostro hermético y frío, como modelado en piedra, se alteró. Esa no era su misión, después de todo.

Sus ojos, rojizos, brillaban en la oscuridad mientras miraba en derredor

Se oyó un ruido. El hombre se volvió, tranquilo, sin inmutarse sus facciones. Ni siquiera cuando vio ante si aquella bestia peluda, de la altura de un hombre y que se desplazaba sobre dos patas fuertes y robustas. Ni entonces cambió la expresión de su cara.

Se limitó a mirarle, a escrutarle en silencio, mientras aquel monstruo velludo se acercaba, sigiloso, como si le considerase una presa. Vio sus ropas destrozadas, convertidas en jirones, y sus mandíbulas babeantes.

Sacó entonces un revólver y apuntó con él a la bestia.

—No se acerque o dispararé —advirtió, con voz impersonal, fría como el hielo—. Identifíquese, sea humano o no.

Un gruñido fue la única respuesta que obtuvo.

Llameó el revólver, tras tirar del gatillo con el índice. Un cilindro de plomo se incrustó, certero, en el tórax del monstruo semihumano. Pero no le detuvo. Al contrario, sólo sirvió para enfurecerle.

Un nuevo disparo. Otro fracaso. ¡Y la bestia estaba sobre él!

No pudo volver a apretar el gatillo. De un solo zarpazo, el hombre-monstruo le arrancó de cuajo la mandíbula, entre una lluvia de sangre que salió por la atroz herida.

Cayó el hombre, sin un gemido siquiera, desangrándose.

Llegó el día y todavía seguían buscando padre e hija al desgraciado Hamilton, del que ya temían lo peor. Les ayudaban unos vecinos a los que habían avisado y que se unieron a ellos porque no podían dormir después de aquel aullido.

Eran las seis y aún no habían dado con él. Ni tampoco con el lobo. Ya estaban desesperanzados cuando…

—¡Allí está! —gritó uno de los hombres que les acompañaban que, armado con una escopeta de doble cañón, apuntaba al frente, hacia un pequeño barranco.

Corrieron todos, preparando las armas por si hallaban cerca al lobo. Le vieron al llegar al borde del barranco.

—¡Sí, es él! —reconoció la bella Caroline a la inerte figura que se veía pocos metros más abajo—. Dios mío, ¿qué le habrá pasado?

Bajaron lo más aprisa que pudieron. Pronto estuvieron al lado de aquel hombre.

Caroline sintió un nudo en la garganta. Sí, era Hamilton el hombre que veía. Pero sus ropas desgarradas, convertidas casi en jirones, y su aspecto hacían pensar que ya sólo era un cadáver.

Se inclinó sobre él, dándole la vuelta con alguna dificultad. Vio sangre manchando sus destrozadas ropas, su cuerpo, sus manos, su cara... Sangre mezclada con polvo y barro. Pero, incomprensiblemente, no vio ninguna herida.

Puso su cara en el pecho de Hamilton, para oír su corazón. Lo oyó. Claro. Potente.

—¡Está vivo! —exclamó contenta—. ¡Vive aún!

En ese momento Hamilton abrió los ojos. Lo primero que vio fueron las armas, las escopetas, preparadas en las manos de todos aquellos hombres...

Estuvo a punto de levantarse de un salto y cargar contra ellos, pero, por fortuna, vio antes el rostro sonriente, pero preocupado de Caroline Renaux. Se contuvo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven, acariciándole el ensangrentado rostro.

Burt Hamilton respiró con dificultad y tosió. Estaba muy débil.

—La... maldición... —dijo, como delirando—. Yo... *Werewolf*...

Después, volvió a desmayarse.

* * *

No supo durante cuánto tiempo estuvo inconsciente. Y tampoco importaba. Para él, la inconsciencia era una bendición que apaciguaba su alma atormentada.

Pero, por suerte o por desgracia, la inconsciencia duró poco para él, que hubiese deseado estar así toda la eternidad. Y cuando despertó lo primero que vio esta vez fueron los cabellos de una mujer pelirroja desparramados sobre él.

Se removió, inquieto, entre las sábanas de la cama que ocupaba. Una luz de esperanza se encendió durante breves instantes en su corazón.

Quizá todo lo del hombre-lobo era mentira. Quizá todo fue una pesadilla provocada por una indigestión y él pasó aquella noche con una hermosa pelirroja, compartiendo su lecho…

Pero… no. Aquellos tres años vagando de un país a otro no podían ser una pesadilla. Todo era real.

Cogió con sus manos la cabeza de la mujer.

—Caroline… —recordó de pronto.

Sí, era ella. Y estaba dormida.

Ella se despertó, sobresaltada, y se puso en pie rápidamente.

—¡Qué susto! —suspiró, llevándose una mano al pecho.

Hamilton la miró de arriba a abajo. ¡Estaba preciosa!

Apartó de sí aquellos pensamientos. Él no podía enamorarse. No mientras…

—¿Qué hora es? —preguntó de pronto.

—Las tres de la tarde —respondió ella, con una sonrisa—. Es temprano aún.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Unas ocho o nueve horas.

—Dios mío… debo marcharme —dijo, levantándose.

—Pero ¿estás loco? Si apenas puedes con tu alma —le reprochó Caroline—. ¡Papá, papá!

Poco después, cuando ya Burt Hamilton terminaba de abrocharse unos pantalones, entró *monsieur* Renaux.

—¿Qué sucede, hija? —miró al joven—. ¿Qué hace?

—Me voy —respondió seco Hamilton, poniéndose su camisa.

—No puede hacer eso —se cruzó de brazos el francés ante él—. Nos debe mucho, Hamilton. No sólo la hospitalidad, sino también toda una noche en vela, buscándole por los bosques, y nuestros cuidados.

Hamilton miró fijamente a Renaux, taladrándole con la mirada.

—Gracias —dijo.

—¿Es lo único que se les ocurre decir?

—Lo siento, *monsieur* Renaux —se disculpó el joven—. Pero créame, lo mejor para todos es que me marche antes de que llegue la noche. Cuanto más lejos esté de aquí, mejor.

—No me basta eso —negó Renaux con la cabeza—. Quiero algo más concreto: respuestas, ¿entiende? Si no lo hace, llamaré a la policía.

—¡Papá! —se sorprendió Caroline.

—¿Y el motivo? —sonrió el joven.

—Su conducta es muy sospechosa, Hamilton —respondió el francés—. Quizá no haya hecho nada malo, pero a la policía le gustaría saber qué demonios hace un vagabundo norteamericano por aquí precisamente cuando se han cometido crímenes espantosos. Quizá descubriesen cosas interesantes sobre usted…

—¿Cómo qué?

—Por ejemplo, cierto informe médico catalogado de Top Secret que podría resultar muy esclarecedor sobre su comportamiento —sonrió esta vez el biólogo.

Hamilton miró a Caroline. Esta bajó la cabeza.

—Está bien —suspiró el joven cardiólogo—. Supongo que se merecen una explicación, aunque quizá no les guste. O no la crean. Pero eso ya no es cosa mía. , Aunque quizá usted, siendo biólogo, no vea descabellada mi situación.

—Comience —le instó el biólogo.

—¿Cree usted en los monstruos? —le preguntó Hamilton.

El biólogo francés parpadeó, sin comprender.

—¿Cómo dice?

—¿Qué si cree usted en los monstruos? Respóndame. Es indispensable para que lo comprendan todo mejor.

—Bueno… pues he visto muchos casos de deformaciones genéticas producidas por las radiaciones.

—No. no me refiero a esa clase de monstruos. Yo hablaba de esos que salen en las películas. Si, ya sabe: vampiros, zombies, muertos que andan… ¿Cree usted en ellos?

Renaux y su hija le miraron como si estuviera loco.

—¿Me toma por tonto? —se indignó el biólogo—. ¡Claro que no! Esos son personajes creados por toda una literatura de horror, que da mucho dinero. Nadie en su sano juicio creería en ellos.

—Sin embargo, Drácula parece ser que existió. Ciertos autores apuntan la posibilidad de que cierto príncipe de Valaquia llamado Vlad fuera el sanguinario conde-vampiro.

—¡Tonterías! Vlad fue un soberano cruel como pocos, pero eso es todo. La superstición popular hizo lo demás y se tejió la leyenda. En cuanto a los zombies… ¡paparruchas! No creo en los muertos que andan.

—Hace mal —opinó Hamilton—. ¿Y usted, Caroline? ¿Tampoco cree en ellos?

—Bueno, me son simpáticos —sonrió con cierta timidez la joven —. Después de todo, soy muy aficionada a ese género literario. Pero de ahí a creer...

—¿Le caen simpáticos los monstruos? ¿De verdad? —Hamilton también sonrió.

—Si —Caroline pestañeó—. Drácula, como personificación que parece ser de la Inglaterra victoriana, de su decadencia... Con todo su erotismo y rancio abolengo, que de nada le sirvió. Y el monstruo de Shelley, el horror creado por Frankenstein, con su dulzura y humanismo.

—¿Y el hombre-lobo? —preguntó Hamilton de pronto, tenso todo su cuerpo—. ¿Qué hay de esa horrible criatura de las tinieblas?

Mademoiselle Renaux le miró, extrañada.

—¿El hombre-lobo?

—Sí, el *werewolf*... Ese ser que durante las noches de plenilunio se transforma en una bestia peluda sedienta de sangre y muerte, que se dedica a morder a las pobres e indefensas mujeres que caen en sus garras... Recuerda a Lon Chaney, en su papel de Larry Talbot, alias Hombre-Lobo, cuando atacaba a su prometida, la actriz Evelyn Acker, en aquella inolvidable película de la Hammer, y dime lo que piensas de él.

Caroline pareció pensativa durante unos instantes.

—¡Por Dios! —intervino su padre—. ¿Qué tiene que ver esto...?

—Déjela responder. Le repito que es importante. ¿Y bien, Caroline?

—Bueno... Pienso que es un ser digno de compasión. Un hombre de sentimientos tan nobles como era Larry Talbot no merecía transformarse en bestia durante los plenilunios.

—¿Noble? ¿Usted cree que puede ser noble... una bestia?

—Todo lo que he leído sobre los hombres lobo me hace suponer que su parte del hombre tenía buenos sentimientos. No deseaba matar. En cambio su otro yo...

—¡Eso es! Su otro yo... Ahí está toda la cuestión. Poco importa lo que fuera el hombre. Eso no le sirve de consuelo cuando le domina la bestia que lleva dentro y mata... Es... como Jekyll y Hyde. El mismo... pero diferentes a la luz de la Luna.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con usted? —se desesperó Renaux—. Lo único que nos ha demostrado es que ha visto muchas películas.

—Déjale seguir, padre —le interrumpió Caroline—. Recuerda. Ayer fue Luna llena. Y el aullido…

—¿Y qué?

Hamilton le miró con ironía.

—¿Qué pensaría usted si le dijese que yo soy el causante de las dos muertes de Avignon, que soy su asesino? ¿Y si además le dijese que no es el único, sino que tras de mi, a mi paso, he dejado todo un rastro de cadáveres, de muerte?

Renaux sonrió con incredulidad.

—Pensaría que está usted loco —respondió—. O peor, que ha mentido. Esta mañana la prensa ha confirmado que esos crímenes fueron hechos por un hombre, ayudado por un lobo entrenado y muy hambriento al parecer. La saliva encontrada en los cadáveres semidevorados y los pelos hallados, según los exámenes, son de lobo. Pero las huellas dejadas son humanas.

—Exactamente, *monsieur* Renaux. Usted mismo afirma que fueron un hombre y un lobo los asesinos. Ya en cambio, especifico más todavía. Fui yo el asesino, aunque usted no lo crea. Igual que yo maté a otro hombre esta madrugada. De ahí toda la sangre que ustedes me han lavado.

—¿Otro muerto? No existe tal.

—Aún no lo habrán encontrado. Pero está. Lo sé porque yo le maté. Igual que a los otros.

—Pero usted no tiene la ayuda de un lobo. Ni siquiera de un perro.

—No la necesito. Puedo hacerlo yo mismo. Con mis manos.

—¿Cómo? —preguntó el biólogo, escéptico.

—Para mi es fácil, por desgracia —sonrió con tristeza el joven—. Y, si no me deja marcharme antes de que anochezca y salga la Luna, pues hoy es su tercer día de plenilunio, podrá comprobarlo en sus propias carnes.

—¿Qué quiere decir?

—Que yo, amigo mío… yo soy un hombre-lobo.

CAPÍTULO III

—Se burla de nosotros, ¿verdad? —preguntó con frialdad poco habitual en él biólogo francés.

—No, *monsieur* Renaux —negó tristemente el joven—. Por desgracia, no es una burla. Qué más quisiera yo que esta pesadilla que vivo día tras día, noche tras noche, sólo fuese una mentira. Pero... no. Es verdad. Es una triste y cruel realidad. Por mis venas corre la maldición del hombre-lobo, de la bestia lunar.

—¡Está usted loco! —se hartó Renaux.

Caroline le cogió por un brazo.

—Por favor, papá —pidió—. ¿No es posible...?

—No, hija mía. Es imposible que un hombre se transforme en monstruo de la noche a la mañana. Totalmente imposible.

—Pero... tú has visto muchos casos de mutación.

—Eso es diferente, Caroline. Ellos eran monstruos desde su nacimiento, debido a radiaciones que recibieron sus padres o ellos mismos siendo embriones o fetos. Este hombre... asegura que es debido a una maldición. Y precisamente la del hombre-lobo, un personaje de película. ¡Me resisto a creerlo!

Caroline se separó de su padre y miró a Hamilton. Sus ojos verdes se posaron en los azules del joven.

—Yo... le creo, padre —dijo—. Algo me dice que es sincero, que no miente. Que de verdad es lo que afirma ser.

—¿Y no te causo horror, muchacha? ¿Por qué no huyes de mí si crees que lo que he dicho es verdad?

—No... no lo sé —apartó la vista, como avergonzada por algo—. Padre, nada perdemos admitiendo que puede ser posible. Después de todo, si esta noche se transforma, tendremos la prueba.

—¿Cómo? ¿Piensas que me voy a quedar aquí, esperando los rayos de Luna, sabiendo lo que soy? —Hamilton no se lo creía—.

¿Sólo para saber si digo la verdad? ¡Nunca! Prefiero que penséis que miento.

—No lo entiendes —una sonrisa, casi un rictus de amargura se dibujó en los labios de Caroline—. Si dices la verdad, nada arreglarás marchándote. Al contrario, no podrás evitar el matar a alguien. Pero aquí podremos ayudarte.

—¿Ayudarme? —Hamilton no supo si reír o llorar—. ¡Si puedo destrozaros a los dos con una sola mano!

—Mi padre es biólogo —la joven miró a Renaux—. Podría ayudarte.

—¿Cómo puedes creer semejantes payasadas, hija? —se encolerizó *monsieur* Renaux—. ¡Un hombre lobo! ¡Bah!

—Padre, por favor —casi suplicó su hija—, hazlo por mí. Espera hasta esta noche para juzgarle. Nada perdemos Por favor...

Renaux miró a Hamilton con el ceño fruncido.

—¡Está bien, maldita sea! —aceptó, por fin—. Por una vez me portaré como un imbécil y le seguiré el juego, *mister* Hamilton. Actuaremos como si fuese de verdad un... hombre-lobo. No se marchará usted de esta casa. Ya oyó a mi hija.

—Si es verdad, ¿le ayudarás?

Tardó un rato en responder.

—Sí, le ayudaré. Pero si es mentira se acordará de mi, Hamilton.

Salió, dando un portazo. Caroline suspiró. Se mira ron los dos jóvenes.

—Gracias, Caroline —dijo Hamilton—. Te juro que es verdad todo lo que os he contado. Y comprendo que os mostréis escépticos. Yo mismo no lo quise creer cuando todo empezó, hace ya casi tres años. Pero cuando me di cuenta de la verdad, decidí dejarlo todo, buscar un remedio a mi mal. No lo logré, pese a lo mucho que lo intenté, pese a haber sido atendido tantas veces por parapsicólogos, biólogos, curanderos incluso... Y todavía sigo buscando, si no una medicina milagrosa, si un sitio donde no pueda dañar a nadie.

—¿Por eso vagas de un lugar a otro, sin destino?

—Sí, porque no quiero más sangre sobre mi conciencia. Han sido ya tantos los muertos... —parecía a punto de llorar—. Pero es inútil. Allí donde voy, la maldición del *vurdalak* me persigue.

—¿Y aquel papel?

Hamilton cogió su cazadora y sacó la cartera. Poco después tenía

el papel azul en sus manos.

—¿Esto? Una ilusión rota en pedazos. Es el resultado de la investigación de un amigo interesado en mi caso. Aquí está, resumido en tecnicismos científicos, lo que soy.

—¿No consiguió nada tu amigo?

—Murió. Yo le maté, una noche que él se confió demasiado. Todavía la recuerdo. Por eso no desearía que os pasase lo mismo.

—No te preocupes y déjame ese papel —lo cogió—. Nosotros no nos confiaremos. Te ataremos, si así lo deseas, con cuerdas y cadenas. Y te administraremos sedantes. Es posible que podamos ayudarte.

—En ese caso no quiero que corráis riesgos —volvió a meter la diestra en el bolsillo interior de la cazadora y sacó un pequeño estuche—. ¿Tenéis revólver?

La muchacha asintió.

—Pues toma —le dio el estuche—. Si fuera necesario, usadla.

Caroline alzó la tapita. Respingó, al ver su contenido.

—¡Una bala de plata! —miró, como alucinada, el brillante cilindro que había en su interior—. Entonces… es verdad.

—Si, la guardaba para cuando me diesen verdaderas ganas de suicidarme. Pero nunca tuve el valor suficiente como para intentarlo. Confiaba en la cura. Por otra parte, tampoco sé si servirá para acabar conmigo. Con un No muerto nunca se sabe. Pero la leyenda dice que la plata mata a *vrolok* que se transforma en lobo a la luz de la Luna.

—¿Sólo… la plata?

—Me temo que si, muchacha. Un hombre-lobo no es más que una de las formas de los No muertos. El legendario *vurdalak* de las estepas rusas es un ser condenado a una existencia más allá de la vida y de la muerte. No puede morir, pero tampoco se puede decir que vive. Y sólo la plata puede traerle el descanso.

—Entonces… eres inmortal —se asustó Caroline, temiendo que de verdad todo fuese realidad.

—No exactamente, porque no estoy vivo del todo —aclaró Hamilton—. Pero eso es difícil de entender. Digamos que, efectivamente, según la leyenda claro está, sólo la plata me puede dañar. Por eso tenía siempre a mano. Pero si llegase el momento, y nada me hiciese esta bala, no dudes en pegar fuego en esta casa y a

mi con ella. Seria tu única posibilidad, porque el fuego si me daña.

—Espero... que nunca tenga que hacerlo, Burt

* * *

Eran las cinco y media aproximadamente cuando Hamilton y los Renaux recorrieron el camino que el joven decía haber andado la noche anterior. Buscaban algo que aclarase las dudas que tenían.

Ya podían ver el Ródano desde lo alto de una loma, cuando *monsieur* Renaux resopló, cansado y sudoroso por la caminata:

—Maldita sea, si seguimos así vamos a salir de Le Gard y entrar en Bouches du Rhóne.

—Todavía queda bastante, padre —rio Caroline.

—Si, pero llevamos una hora caminando de un lado a otro. Me gustaría saber lo que buscamos.

—Un cadáver, *monsieur* Renaux —contestó Hamilton—. Uno más en mi lista. El último, por ahora.

—¿Y está seguro de saber dónde vamos? ¿Acaso se da usted cuenta de lo que hace... ejem... en ese estado?

—Sí, doctor, me doy cuenta. Burt Hamilton se da cuenta de lo que hace el demonio que se ha apoderado de su cuerpo, de lo que hace el hombre-lobo. Pero es sólo un espectador perdido dentro de una mente bestial, que sólo puede ver y sentir horror, sin poder intervenir para nada, ni evitar lo que sucede.

—Sí, supongo que eso sería lo que le pasaría a un verdadero hombre-lobo —se paró Renaux para descansar y sacó un cigarrillo —. ¿Quiere?

—No, gracias —rehusó el joven.

Renaux miró en rededor. Después sacó un pañuelo y se limpió el sudor que cubría su frente.

—Maldito calor... —rezongó.

—Hubiera sido mejor que su hija no viniese —se quejó Hamilton.

—¿Por qué? —exhaló una bocanada de humo—. Aún no hemos encontrado nada. Y en el caso de hallar un cadáver, mi hija no es una de esas jovencitas que se desmayan por nada.

—Aún no me cree, ¿verdad? Bien, pronto tendrá pruebas, si eso es lo que realmente quiere.

—¡Padre, míster Hamilton! —oyeron de pronto—. ¡Venid!

Se acercaron a Caroline. Esta estaba al lado de un pino, mirando

algo que había encontrado y que sujetaba con su mano derecha.

—¿Qué sucede, hija?

—Míralo tú mismo —le entregó lo que encontró.

—¿Pelos? —se sorprendió el biólogo, al descubrir lo que era—. No entiendo.

—Estaban enganchados a este árbol, a la altura de mi cabeza. Ningún animal podría dejarlo ahí. Y además, parecen de perro o de…

—¿De lobo? Sí, podría ser —asintió, pensativo, el biólogo galo —. Un lobo gris. Su cabello es negro, Hamilton. ¿Cómo es posible, entonces?

—No tiene nada que ver mi cabello humano, Renaux. No existen lobos de vello negro, creo recordar.

Y eso es una pista de que pasé por aquí.

—Es posible, Hamilton. Es posible…

Y de pronto, el joven señaló hacia el frente.

—¡Allí!

Salió corriendo y se paró pocos metros más adelante. Se agachó, tocando el suelo lleno de hierba con los dedos.

—Aquí es, Renaux.

—Pero… aquí no hay ningún muerto.

—No lo hay, es cierto —corroboró el joven—. Pero lo hubo. Esto que mancha la arena y las hierbas es sangre, doctor. Y humana, me atreverla a añadir.

Sangre.

Sí, no cabía la menor duda de que era sangre. Un enorme charco a punto de desaparecer ya, puesto que estaba coagulada y el sol la secaba cada vez más.

—¿Y el cadáver?

—No ha podido marcharse por su propio pie. Por tanto, debemos deducir que se lo han llevado.

—¿Quién?

—¿Cómo puedo saberlo? —se encogió de hombros—, ¿Me cree ahora?

El científico no le respondió.

—¿Cómo puede estar seguro de que no se marchó él solito? Podía estar sólo herido.

—No, *monsieur* Renaux. Cuando un hombre-lobo ataca…

Bueno… Suele devorar a su víctima.

—Dios mío —se horrorizó Caroline.

—Sí, cada vez que lo recuerdo… Querría morir. Es demasiado horrible seguir así.

—¿No se transforman las víctimas de un No-muerto en seres de su misma condición? —apuntó otra posibilidad Renaux—. En su caso, en Hombres-lobo…

—Según la leyenda, eso sólo le ocurre al que sobrevive después de su ataque, habiendo quedado marcado. Aunque yo no sé si eso es verdad o sólo un mito.

—Gracias por su aclaración. Pero entonces, ¿cómo ha podido desaparecer?

* * *

—No me respondió antes, Renaux. ¿Me cree?

Alfred Renaux sudaba, mientras ayudaba a su hija a encadenar al joven Hamilton. Este se dejaba atar, esperanzado, deseando interiormente que su otro yo sobrenatural no pudiese romper las cadenas.

—Ya no sé qué creer, Hamilton —mordisqueó nervioso un cigarrillo—. Aunque supongo que ya no importa demasiado, cuando queda poco para que salga la Luna. Ahora sabremos la verdad sobre usted, nos guste o no. Pero, si le sirve de consuelo, pienso que al menos no miente.

—Gracias.

Ya estaba totalmente encadenado. Su cuerpo cubierto de cadenas estaba sobre una cama

—¿Aguantarán las cadenas? —preguntó Caroline a su padre.

—No lo sé. Caroline —respondió su padre, mientras cogía una carabina de aire comprimido y metía un proyectil especial con suficiente carga de sedante como para dormir a un elefante—. Pero, créeme, me gustaría que nunca tuviéramos que comprobarlo. Aunque te parezca mentira, desearía que no fuese verdad. Lo desearía con toda mi alma. Pensar que un ser humano pueda verse sumergido en un horror semejante, me produce escalofríos.

Caroline Renaux llenó también de sedante una jeringuilla y se acercó a Hamilton.

—Yo también, Burt —dijo, mirándole—. Yo también desearía que todo fuese mentira.

—Pero no lo es. Caroline —suspiró el licántropo—. No lo es.

Le administró el sedante. Su mano temblaba.

—Tardará un rato en hacer efecto —le informó, mientras sacaba el revólver y, ante la mirada sorprendida de su padre, metía en el tambor la bala de plata que le dio el propio Hamilton.

—No dudes en utilizarla si es necesario, muchacha —sonrió sin ganas el americano—. De ello dependerá vuestra vida.

Esperaron un poco. Caroline miró por la ventana.

—Allí está la Luna —dijo.

Jamás le pareció tan cruel, tan horrible, aquel brillante disco que era el satélite de su mundo.

Entonces todo comenzó.

El joven americano sudaba, pese a que la temperatura era soportable. Parecía presa de una fiebre muy alta.

—¿Qué te sucede, muchacho? —se acercó Renaux.

—¡Aléjese! —aulló Hamilton, con voz extraña—. Váyase. Está... ocurriendo.

—Dios —tembló el biólogo—. Entonces... era cieno.

Caroline se refugió en sus brazos, temblorosa. Pero seguía sosteniendo con firmeza el revólver.

—No, hija, debemos estar preparados para lo peor —la apañó casi con brusquedad y empuñó con decisión su carabina especial—. Dígame qué es lo que siente, Hamilton.

—Calor —jadeó el joven, mientras luchaba inútilmente con las cadenas—. Mucho calor. Siento fuego dentro de mí... y fuera... La Luna... me llama. Dentro de poco... seré una de sus criaturas.

Temblaba, y sus ojos tenían un extraño fulgor. Las venas de su cuello, incluso las de su frente, se abultaron hasta parecer a punto de estallar. Su rostro se amorató.

Así fue cómo empezó el cambio, ante sus ojos horrorizados. Un hombre, un licántropo, se transformó en un ser ni humano ni animal. En un monstruo híbrido de aspecto horroroso.

Su vello se hizo espeso y largo, de color gris. Sus manos se convinieron en zarpas. Su rostro se volvió bestial, con mandíbulas poderosas capaces de decapitar a cualquiera con una sola dentellada.

Palidecieron ambos espectadores, mirando aquel singular acontecimiento con ojos desorbitados.

—Dios mío, no puede ser… —se santiguó el científico.

Su hija temió desmayarse cuando vio completada la mutación.

¡Era horrible!

La bestia que ocupaba el lugar de Hamilton en las cadenas en nada se parecía al joven. Rugía, mirándolos encolerizado, babeando. Y forcejeaba con las cadenas, intentando librarse de su abrazo.

Era evidente que deseaba la libertad. Libertad para correr por los bosques. Libertad para matar.

Todo eso se veía en sus demoniacos ojos.

Caroline suspiró. Al parecer, las cadenas eran demasiado fuertes para él. No podía romperlas. Pero la preocupaba que el sedante aún no hubiese actuado.

Aulló el hombre lobo, ante su impotencia.

—Interesante —meditó Renaux, sin dejar de encañonar al ser que antes fue Burt Hamilton—. La anestesia no le produce efecto.

—Me parece que te equivocas. La anestesia está actuando. Por eso no puede destrozar esas cadenas. De otra forma, ya estaríamos muertos.

Y, como corroborando la afirmación de la hermosa francesa, un eslabón crujió, a punto de romperse. Caroline sintió que el vello de su nuca se erizaba.

—¡Dispárale! —gritó—. ¡Se soltará si no!

Un rugido escalofriante, de triunfo casi, surgió de las fauces del monstruo lunar. Puso más fuerza en su empeño. Todos sus poderosos músculos entraron en acción.

Disparó el biólogo. Un proyectil especial atravesó el velludo cuello del licántropo. Un aullido terrible les ensordeció.

Volvió a disparar. Esta vez, le acertó en plena boca, perdiéndose en su interior.

Caroline apuntó al monstruo, a pesar de que su mano parecía resistirse. Amanilló el revólver. Su índice se arqueó en el gatillo, dispuesta a tirar de él, pues el hombre-lobo seguía forcejeando.

No hizo falta. Un nuevo disparo de *monsieur* Renaux obligó a dormir a aquel espantoso ser

Cayó el monstruo, inerte. Caroline suspiró. Renaux se limpió el sudor con el brazo.

—Creí que las rompería — resopló.

—Pudo lograrlo —estuvo a punto de acercarse, pero el temor venció y se quedó donde estaba—. Y yo no sé si hubiera tenido valor para disparar.

—Es… increíble. Pobre muchacho, debe ser horrible vivir sabiendo que eres un monstruo las noches de plenilunio.

—¿Por qué? —le miró Caroline, con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo es posible que él sea una bestia asesina? Porque debe existir una razón, ¿no es verdad?

—No lo sé, hija mía. Pero me gustaría saberlo.

* * *

—¿Te encuentras bien, muchacho? —oyó, como en sueños.

Sacudió la cabeza. Apenas podía pensar.

Se llevó una mano a la cara, mientras intentaba incorporarse. Entonces recordó.

Abrió los ojos. ¡Estaba desatado, sobre una cama con las sábanas revueltas!

Vio ante él a Alfred Renaux, que sonreía, a pesar de que parecía cansado.

—¿Ya… es de día? —preguntó, amodorrado aún.

—Sí, el sol ya está alto, si a eso te refieres. Pero sigue descansando. Me resulta increíble ver que continuas vivo, después de recibir suficiente narcótico como para dormir a todo un ejército.

—¿Narcótico? —intentó recordar—. ¡Ah, sí! ¿Qué sucedió ayer?

—Nada, afortunadamente —sonrió Renaux—. Por fortuna, te reducimos antes de que rompieses las cadenas. Jamás podré olvidar… tu metamorfosis. Fue horrible. Después, parecías un perrito durmiendo. Pero no quisimos arriesgamos y te estuvimos sedando cada dos horas, hasta que amaneció. Apenas hemos dormido esta noche.

Bostezó, estirando los brazos cuanto pudo.

—¿Y Caroline?

—Está preparando el desayuno. Tampoco ha dormido, aunque yo se lo pedí. Es muy testaruda.

Hamilton se incorporó con dificultad.

—Todavía no me lo creo — decía el francés—. Tu cara parecía de lobo. Y tus ojos brillaban. Tenías colmillos casi tan largos como mis pulgares y todo tu cuerpo estaba cubierto de vello grisáceo. Increíble de verdad.

—Yo también sentía lo mismo al principio —se sentó en la cama el joven, al ver que apenas podía mantenerse en pie—. Usted es biólogo. ¿Me ayudará? ¿O acaso ha pensado en entregarme a la policía por unos crímenes de los que yo, Burt Hamilton, el hombre, no tengo la culpa?

El francés meditó unos segundos.

—Haré cuanto pueda por usted, Hamilton —respondió al fin—. No sólo porque no puedo dejar que un ser humano sea víctima de algo peor que la muerte, de un mal eterno, al parecer. También porque me interesa su caso como biólogo. Jamás tendré una oportunidad como ésta. Por esas dos razones vivirá usted en esta casa cuanto haga falta, mientras yo investigo. Por ahora no hay peligro, pero tomaré medidas para encerrarle durante las noches de Luna llena para que no haga daño a nadie. ¿Está usted de acuerdo?

Hamilton sonrió.

—Sí, y se lo agradezco desde ahora mismo.

Nacía así otra esperanza en la vida de este ser atormentado. Pero... qué poco puede durar una esperanza en ocasiones. Pronto se vio envuelto en un horror que jamás pudo imaginar.

* * *

—Hoy no habrá Luna llena —suspiró el joven americano—. Menos mal...

Sonrió. Al menos durante una temporada, podría vivir como los demás.

Recordó lo que *monsieur* Renaux pidió aquella mañana por teléfono a un herrero.

Planchas de acero.

Y una puerta de metal, de diez centímetros de gruesa.

—¿Para qué todo eso? —preguntó entonces.

Renaux ni se volvió para contestarte. Se limitó a encender un cigarrillo y a cogerle por un brazo, mientras le decía:

—Ven conmigo y lo verás.

Subieron al piso de arriba por las escaleras.

—En esta casa hay tres habitaciones —comenzó a hablar el biólogo—. Al parecer, mi hija lo preparó todo para si algún día decidía casarse. Así no tendría que cambiar de piso. Pero por ahora parece que Caroline no tiene demasiados deseos. Sin embargo, a nosotros sí nos puede servir una de estas habitaciones. En las otras,

dormiremos las noches «normales»: mi hija en una y nosotros dos en la otra. Y en las noches, llamémoslas «peligrosas», te meteremos en la que queda, que estará convenientemente reforzada con planchas de acero y acolchada para que no te hagas daño ni puedas salir. En cuanto a la puerta, como es muy endeble, es obvio que hay que cambiarla por otra de acero, con un rectángulo de cristal polarizado para poderle ver y comprobar tu estado y reacciones. ¿Conforme con todo?

No hacía falta preguntárselo. ¡Claro que estaba de acuerdo! ¿Cómo no iba a estarlo? Su otro yo bestial no podría con todas aquellas medidas de seguridad. Estaba seguro de eso.

Silbó y se sorprendió a sí mismo haciendo tal cosa. Hacía tanto tiempo que no sentía deseos de silbar.

Vio un pajarillo cerca de la casa. Estaba tan contento que quiso mirarlo más de cerca. Pero no para comérselo. Sólo para mirarle.

Por un instante se olvidó de lo que era. Pero no el avecilla, que pareció intuir su presencia y se alejó en seguida, antes incluso de que el joven pudiera dar ni un paso.

Hamilton quedó de piedra, aunque estaba acostumbrado a que pasasen tales cosas. Muchas veces los animales huyeron cuando él se acercaba, como si supiesen lo que él era en realidad. Perros y gatos se alejaban espantados a su paso, como si hubieran visto al mismísimo Satanás.

—¿Te sucede algo? —oyó de pronto a sus espaldas.

Se dio la vuelta y sus ojos se encontraron con el bonito y sonriente rostro de Caroline Renaux. Llevaba una bolsa cargada de comida en la diestra. Tan cargada, que apenas podía con ella.

—Déjame que te ayude —se ofreció Hamilton, cogiendo la bolsa —. Debiste haberme dicho que ibas a comprar. Soy invitado en vuestra casa y debo ayudar.

—La próxima vez te llamaré para que me ayudes —rio la pelirroja—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, Caroline. No sabes lo feliz que me siento por haberos encontrado. No sólo me dais cobijo y comida, sino que también me ofrecéis vuestra ayuda desinteresada.

—Desinteresada no —volvió a reír—. Mi padre espera obtener grandes cosas con tu ayuda.

—Me alegraré de que así sea —comentó Hamilton.

—Pero ahora olvídalo todo, Burt. No vuelvas a acordarte ni de la Luna ni del hombre-lobo hasta que regrese el plenilunio.

—Lo intentaré, pero será difícil. Hasta los pájaros me lo recuerdan cada vez que me acerco a ellos. Y no se lo censuro.

—Yo te ayudaré, Burt. Haré lo que sea para que lo olvides. Lo que sea.

Se miraron durante largo rato. Ella entreabrió los labios. Burt no pudo resistir la tentación... y la besó. Larga, apasionadamente casi. Caroline no se resistió. Al contrario, colaboró.

—Estoy seguro de que con tu ayuda lo lograré —dijo, una vez separaron los labios—. Para empezar, ¿por qué no vamos esta noche al cine? Supongo que en Nimes habrá alguno.

—Sí, varios —hizo un mohín te chica—. Pero será mejor que no vayamos.

—¿Por qué?

Caroline tragó saliva.

—En uno dan esa película americana: *Un Hombre Lobo Americano En Londres*. Supongo que no te gustaría verla, ¿no es cierto?

Burt sonrió.

—No hay problema. Ya te he visto. Y dos veces.

La francesa del cabello rojo puso los brazos en jarras y le miró, irónica.

—Vaya, así que además eres masoquista —comentó, mordaz—. ¿No serás también homosexual, para redondearlo todo?

El joven puso cara de sádico.

—Si quieres te demuestro lo equivocada que estás. Y aquí mismo.

Soltó la bolsa.

—¡No, aquí no! —gritó la chica, riendo—. Nos verían...

—¿Y qué más da? Después de todo, es una cosa natural. Todo el mundo lo hace. Hasta los hombres-lobo. Recuerdo que en *Aullidos*...

—¿No quedamos en que no hablaríamos de eso?

—Tienes razón —se dio una palmada en la frente—. ¿Dónde habíamos quedado?

Caroline rio. Burt parecía tan contento.

—En que todo el mundo lo hace... —recordó.

—Pues eso. ¿Qué me dices ahora? ¿O acaso temes que te

muerda? Te juro que ni lo intentaré, aunque siento unos deseos de saltar sobre ti...

Se acercó a ella.

—La policía podría detenemos —rio Caroline, retrocediendo.

—Para cuando ellos lleguen, nosotros ya habremos terminado y no podrán probar nada.

—¿Y mi padre? Nos verá...

—Está demasiado atareado analizando unas muestras de sangre que le he proporcionado —sonrió—. No se enterará de nada. Pero, oye, ¿por qué te resistes tanto? No estoy tan mal, aunque a veces parezca algo feíllo.

—No. no estás mal —admitió ella—. Al contrario, estás fenómeno.

—¿Entonces? —pareció más desorientado el joven—. ¿Eres virgen, acaso?

—No —se sinceró la chica—. No lo soy.

—Qué alivio —suspiró Burt—. Menos mal. Pero entonces... aún lo comprendo menos.

Caroline no respondió. Se había quedado rígida de repente, y miraba por encima del hombro de Hamilton. Sus ojos verdes estaban muy abiertos.

El joven sintió entonces un escalofrío y la extraña sensación de que alguien le observaba. Se volvió de repente, con rapidez.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. ¿Qué hacen aquí, sin haber pedido permiso para entrar?

Los dos hombres que estaban frente a ellos no respondieron. Burt se remangó la camisa y les miró aviesamente.

—¿Es usted míster Burt Hamilton? —habló uno de ellos, con voz fría, pero bien modulada.

CAPÍTULO IV

Hamilton les observó con interés. Aquellos dos tipos eran exactamente iguales, como dos gotas de agua. Y parecían salidos de una película de la Hammer sobre vampiros.

Vestían totalmente de negro, salvo la blanca, impoluta camisa. Incluso la corbata era negra. El joven tuvo la sensación de estar en un entierro.

En cuanto a su aspecto, ambos eran morenos, aunque de piel muy pálida, casi cérea. Y sus pupilas eran rojas, cosa que extrañó mucho al americano.

Sonrió, aunque un poco forzado.

—Sí, soy Hamilton —respondió—. Al menos, así me llamo. Pero quizá buscan a otro con el mismo nombre, porque yo no les conozco.

—No nos hemos equivocado —dijo el otro tipo, con el mismo tono de voz—. No si es usted Hamilton.

—Ya les respondí —aclaró algo seco el joven—. Ahora díganme qué desean y lárguense.

—Nos marcharemos, Hamilton, no se preocupe —no sonrió siquiera aquel tipo—. Pero usted vendrá con nosotros.

—¿Yo? Me parece que ya se están pasando. Se presentan en esta casa sin pedir permiso ni saludar siquiera. Y ahora me dicen que debo ir con ustedes. ¡Ni hablar!

—¿No les conoces, Burt? —preguntó Caroline, en inglés también.

—No, *mademoiselle* —respondió uno de aquellos hombres, con voz estereotipada—. No nos conoce, pero nosotros a él sí. Por favor, Hamilton. No quisiéramos hacerle daño. Nuestra misión es llevarle vivo. Si usted viene por propia voluntad todo será más fácil.

—¿Me amenaza? —se enfureció el joven.

—Digamos que, le prevenimos.

Hamilton tomó aire y procuró calmarse.

—Está bien —accedió—. Iré.

Caroline le echó una mirada interrogante.

—No te preocupes —la tranquilizó.

—Se lo agradecemos, Hamilton —se acercó uno de ellos—. Confiábamos en que no nos crearía problemas. Veo que no nos equivocamos.

—¿Son policías?

—No, no tema. No somos policías.

—¿Entonces?

—No haga más preguntas, Hamilton. No ahora —cortó d hombre—. Después podrá hacer todas las que desee. Por ahora, síganos.

Ya estaban lo bastante cerca. Decidió actuar.

—Sí, ya voy —dijo.

Su puño impactó con violencia en el mentón del más cercano. Para su sorpresa, pese a la altura y complexión de aquel individuo aquel puñetazo sirvió para tumbarlo, además de mandarlo a casi un metro de distancia sin tocar el suelo. Pero se recuperó en seguida.

El otro tipo intentó conectar un golpe de karate en el cuello de Hamilton, con el filo de su mano extendida. Pero el joven paró el golpe con el brazo, haciéndose daño a pesar de todo, pues el otro perecía tener mucha fuerza.

Aguantó el dolor y le arreó a su atacante un derechazo en el hígado con tal violencia que lo levantó del suelo casi medio metro, su asombro no tuvo límites. ¡Aquellos tipos apenas pesaban!

Sería pan comido darles su merecido.

De pronto, uno de sus atacantes sacó algo de su negra chaqueta. Una pequeña y extraña pistola que empuñó con decisión, apuntando al joven.

Caroline contuvo un grito.

—No se resista o dispararé, Hamilton —avisó el del arma.

Burt protegió con su propio cuerpo a la muchacha francesa y sonrió. Por una vez se alegró de ser lo que era. Si creían que conseguirían algo con aquellas ridículas pistolas, estaban equivocados.

—Adelante, disparad —dijo, mientras avanzaba hacia ellos,

siempre escudando a Caroline—. ¿No os atrevéis?

Sí lo hicieron, sin volver a repetir la orden. Hubo un potentísimo destello en la boca de aquel extraño cañón. Algo se incrustó en su estómago.

Burt volvió a sonreír, al ver que no pasaba nada. Los tipos de negro ni se inmutaron ante el supuesto fracaso.

Y de pronto todo comenzó a dar vueltas en torno a Hamilton. Este se sintió mareado.

—No... es posible —balbuceó, cayendo de rodillas.

Vio como entre nieblas que Caroline también caía. Miró la faz imperturbable del hombre que le disparó.

—¿Qué... era? —preguntó, a punto de perder el conocimiento.

El hombre de negro habló, pero Hamilton no oyó su respuesta. Todo se volvió oscuridad.

* * *

—¿Sigue inconsciente? —preguntó un hombre de plateados cabellos y larga túnica roja, que llegaba hasta sus pies.

Junto a él, dos hombres y una mujer —todos ataviados con monopiezas azules de fibra sintética, cinturón con hebilla plateada y botas altas miraban a través de una pared transparente al hombre que estaba al otro lado, tumbado sobre el duro suelo metálico. En sus brazos tenían una banda roja.

—Sí, Rector —respondió uno de los hombres en aquel idioma que empleaban, extraño para cualquier terrestre—. Los comandos que le trajeron usaron una carga lo suficiente potente como para matar a cualquiera de nosotros. El sólo se desmayó.

—¿Y la joven?

—Lo mismo. Sus organismos parecen más resistentes a las drogas que los nuestros, por eso sólo se desplomaron sin sentido.

—Interesante —acarició su mentón—. Muy interesante. Quizá nuestro agente tenía razón al recomendarnos este humano. Comiencen las pruebas en cuanto despierte.

Se volvió hacia el hombre de más edad. Le tendió un disco de metal.

—Aquí está todo lo que nuestro agente ha averiguado sobre este ser y sus instrucciones. Limítese a obedecer. Y sólo usted debe saber lo que contiene. Los demás no deben saber nada, salvo las órdenes. ¿Entendido?

—Si, Rector —se inclinó el otro, sumiso.

* * *

Despertó llevándose las manos a la cabeza. Le zumbaban las sienes. Sentía el cerebro como si se lo hubiesen machacado e introducido a pedazos en su cráneo.

Miró a todos los lados. Sólo vio paredes metálicas rodeándole, y una luz en el techo.

Se puso en pie con dificultad, apoyándose en una pared. Le costó recordar.

Pero a pesar del dolor, recordó de súbito, mientras hasta él llegaba la comprensión de lo que le sucedía.

—Estoy encerrado —musitó, y un doloroso aguijonazo traspasó su mente—. Maldita sea... ¿qué me haría aquel hijo de puta con cara de anémico?

Volvió a mirar en torno. Efectivamente, estaba encerrado en una estancia muy pequeña, sin apenas libertad de movimientos.

Pero ¿quién podía tener interés en secuestrarle? Porque si aquellos tipos no eran policías, aquello era un secuestro.

Golpeó una de las paredes, para ver si podía llamar la atención de alguien. Acto seguido soltó un alarido de dolor, al sentir como si su mano se partiese. Por fortuna no fue así, probablemente debido a su condición infrahumana.

Entonces, ante su asombro sin límites, una de las paredes se hizo transparente. Como si fuera de cristal. Sólo que no lo era. Y al otro lado apareció una mujer.

Hamilton se la quedó mirando. Era bella. ¡Claro que lo era! Y mucho. Pero lástima que su piel fuera tan pálida y sus ojos tuvieran aquel color rojizo.

La mujer sonrió. El joven se abstuvo de preguntarle si aquello era un centro médico para anémicos.

—¿Se encuentra bien, *mister* Hamilton? —preguntó, en un inglés fluido, suave.

—¿Bien? Bueno, dentro de lo que cabe, supongo que sí.

—¿Desea alguna cosa?

—Pues algo de beber me haría mucho bien —respondió—. Por cierto, usted conoce mi nombre, por lo que veo, pero yo el suyo no.

—Me llamo Doel.

—¿Doel? —el joven intentó recordar, en vano—. Ese nombre

es...

—No se esfuerce. Nunca podría saber de qué nacionalidad soy.

—Bueno, pues ya que yo soy tan estúpido como para no poderlo saber, dígamelo usted.

—Lo siento, pero si quiere esperar un poco, hay alguien que puede responderle mucho mejor que yo.

—¿Si quiero esperar? —sonrió, irónico—. Supongo que no tengo otro remedio.

Entonces recordó algo.

—Espera, Doel. ¿Y Caroline? ¿Dónde está?

—Se encuentra bien, como usted. No tema por ella.

—¿Por qué nos han secuestrado?

—Sólo puedo decirle que necesitamos su ayuda.

En ese momento alguien entró en la sala contigua, después de haberse desplazado una puerta metálica. Era un hombre, vestido como Doel, pero escoltado por dos tipos sin brazalete rojo, pero absolutamente iguales.

—Vaya, los que me trajeron hasta aquí —rechinó los dientes el licántropo.

—No fueron ellos, Hamilton —dijo el hombre—. Fueron otros dos comandos. Lo que pasa es que se parecen mucho. Es lo bueno, o quizá lo malo, de los clónicos

—¿Clónicos? —se sorprendió el joven—. ¿Son clónicos?[1]

—Sí, Hamilton, son seres creados a partir de un modelo, absolutamente iguales todos ellos. El modelo era un guerrero perfecto de nuestro mundo. Por eso hicimos copias suyas.

—¿Su mundo ha dicho?

—Se fija usted en todo. Eso me gusta —sonrió el hombre, que también tenia cérea la piel y los ojos rojos—. Efectivamente, eso he dicho. No somos terrestres, sino que venimos de un mundo lejano, destruido hace cientos de años, en medidas de tiempo terrestre. Encontramos la Tierra en nuestro éxodo y vivimos en uno de sus mares. Creo que ustedes lo llaman Mediterráneo.

—Extraterrestres, ¿eh?

—¿No se lo cree? Bueno, supongo que es comprensible. Pero después de todo lo que ha visto, ¿no le parece natural?

—Sí, no hay muchos clónicos sueltos por el mundo —sonrió Hamilton—. Eso hay que admitirlo. Y humanos, mucho menos.

Según lo que sé, nosotros todavía estamos por las ramas y los conejos. Ni tampoco hay mucha gente con los ojos rojos.

—Son características de nuestra raza —devolvió tal sonrisa al extraterrestre.

—Si, característico sí que es, por lo que veo.

—Me alegra ver que se lo toma todo de una forma tan... natural. No todo el mundo reaccionaría igual sabiendo que hablan con seres nacidos en otro mundo.

—Estoy acostumbrado a las cosas insólitas.

—Sí, lo sé. Es usted un hombre muy... singular.

Hamilton se puso serio de pronto. Encajó las mandíbulas.

—¿Por qué nos han secuestrado a Caroline y a mi? —preguntó —. No me importa que sean alienígenas o payasos. Quiero una respuesta.

—No se sulfure. Hamilton. Nada arreglará con ello —siguió sonriendo el extraterrestre—. En cuanto a la pregunta. Doel ya le contestó antes. Necesitamos su ayuda.

—¿Y por qué no me lo pidieron, simplemente, sin necesidad de drogarme y secuestrarme?

—Usted no hubiera entendido lo que nosotros queremos.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Ante todo, hacerle unas pruebas, examinarle biológicamente.

—¿Nada más? Yo les podía haber dado un certificado médico...

—Pero eso no es todo, míster Hamilton. Usted ya conoce a nuestros comandos, ¿no es verdad? —Ante el asentimiento del joven, prosiguió—: Bien, entonces sabrá, ya que los ha combatido, que no son muy eficaces en sus misiones sobre la superficie, fuera de esta base submarina. La gravedad de nuestro mundo era mucho mayor a la de la Tierra y por eso son relativamente fáciles de vencer por hombres entrenados convenientemente. Aquí es donde entra usted.

—¿Yo?

—Sí, no sólo es usted perfecto físicamente para ser un gran guerrero. También tiene ciertas... características especiales que sólo usted y yo conocemos.

El joven se puso tenso.

—Veo que le ha afectado lo que dije. Si, yo lo sé todo sobre usted, Hamilton.

—¿Y qué quieren de mí?
—Necesitamos comandos poderosos. Los suficientes como para, colocándolos en sitios estratégicos, que ejecuten ciertas órdenes. Y apoderamos del gobierno de la Tierra.
—¡Están locos! ¡Nunca lo conseguirán!
—Con su ayuda, sí.
—Jamás les ayudaré.
—Oh, usted no tiene por qué estar de acuerdo en prestamos su inestimable colaboración. Nosotros tomamos lo que queremos y basta.
—¿Y qué es lo que quieren?
—Células, Hamilton. Células que contengan toda su información genética, con las que nosotros podamos crear duplicados suyos que sabremos controlar.
El joven sintió que un sudor frío cubría su cuerpo.
—¡No! —gritó—. ¡No pueden hacer eso! ¡No deben!
La pared se volvió opaca de nuevo. Dejó de ver tras ella.
—¡No deben! —siguió, a pesar de todo—. No... Eso no...
Se dejó caer, tembloroso.
Pocas horas más tarde una sección de una de las paredes desapareció de pronto, dejando un rectángulo por el que entraron tres comandos clónicos, de rostros inmutables. Tras ellos vio a Doel.
Se levantó. Dos de los clónicos tenían en sus manos sendos bastones metálicos, cuyo uso Hamilton desconocía El otro llevaba dos muñequeras, sin duda unas argollas especiales.
Se acercó el de las argollas.
—Debe venir con nosotros. Pero antes se colocará esto.
«Estos tipos no aprenden», se dijo, mientras dejaba que el clónico se acercase. Después le golpeó con todas sus fuerzas, mandándole de espaldas contra una pared
Los otros dos se adelantaron, con los bastones dirigidos hacia el joven. Este les esperó con el cuerpo encogido, las manos engarfiadas. Y, para impresionarles más aún, emuló a su otro yo enseñando los dientes y gruñendo.
Pero los otros ni se inmutaron por eso, demostrando una vez más que sólo eran muñecos que obedecían las órdenes que se les daban Sólo de pensar en una legión de aquellos tipos, capaces de transformarse en bestias carniceras obedeciendo cualquier orden de

sus amos, le hacía temblar.

Uno de ellos intentó golpearle con el bastón. Hamilton se apartó, eludiendo el ataque, y se dispuso a actuar. Saltó, dispuesto a machacarle la cara a aquel tipo con cara de póquer

Pero el otro le alcanzó en la espalda —sólo protegida por la fina camisa— con su bastón. Hamilton se retorció como si le hubiese tocado un cable de alta tensión, con un grito de agonía.

Cientos de voltios corrieron por su cuerpo, martirizándole. Cayó al suelo y el dolor desapareció.

—¿Vendrá ahora? —preguntó el que le golpeara.

Hamilton le miró con ira mal contenida, con odio casi. Pero el latigazo eléctrico le dejó sin fuerzas para seguir luchando.

Le pusieron las argollas. Como imaginó, le colocaron las manos a la espalda y, casi de modo instantáneo, quedaron magnetizadas de forma que no podía mover los brazos.

Le sacaron de la celda, siempre con los bastones eléctricos a punto para actuar. Hamilton se quedo mirando a Doel, la científico extraterrestre.

—¿Donde me llevan ahora?

—No se preocupe —respondió la alienígena—. Sólo vamos a hacerle algunos exámenes físico-mentales, para averiguar más cosas sobre usted.

—¿Más cosas? Creí que lo sabían todo.

Doel no contestó.

—Comprendo, sólo saben lo más elemental sobre mí. Ahora quieren saber qué reacciones se producen en mí. ¿Qué es lo que provoca el cambio? Todo eso, ¿no es cierto?

—No sé de qué está hablando —se encogió de hombros la mujer —. Sólo vamos a hacerle una exploración anatómica, algunos análisis y un examen cromosómico.

—Pero… no pueden hacer eso. ¿Es que no lo entienden, malditos sean todos? Si esperan dominar a una bestia igual que a estos pobres infelices están equivocados. No podrán. Ni toda su ciencia serviría contra un ejército de licántropos.

—¿Bestia? ¿Licántropos? —Doel le miró como si es tuviese loco —. ¿De qué está hablando?

—¿Te burlas de mi? Sabes perfectamente lo que es un licántropo. ¡Yo soy un licántropo!

—Será mejor que no sigamos hablando —dijo ella, mientras continuaba su camino a través de salas y pasillos.

—Entonces no sabes nada —se sorprendió el joven—. ¡No sabéis nada de mí! Sólo lo saben unos cuantos. Dime, ¿quién os informó sobre mi?

—Tenemos duplicados de gente importante que ha «desaparecido» mezclada entre los terrestres que nos sirven de enlaces. Uno de ellos dio su informe al Rector.

—¿El Rector? ¿El hombre que manda en esta base?

Doel asintió con su morena cabeza.

—Escúchame —le pidió—. Dile a estos tipos que paremos un momento. Quiero decirte algo.

Ella hizo lo que el joven le pedía. Los clónicos le vigilaban de cerca.

—Óyeme —dijo, en voz baja—. Tú no sabes quién soy yo. No sabes lo que soy. Si hacéis lo que tenéis planeado, tendréis entre vosotros fuerzas más allá de lo que podríais controlar. Jamás podríais doblegar a los clónicos que saliesen de mí.

»Soy un asesino, ¿no lo comprendes? Un ser bestial, más allá de la humana razón, sea terrestre o extraterrestre. Un ejército hecho de seres como yo se volvería contra vosotros y os aniquilaría. Sería una matanza espantosa. Nadie quedaría con vida.

Doel le miró con sus ojos rojos.

—Lo siento, míster Hamilton —se disculpó—, pero debo obedecer las órdenes. Sigamos nuestro camino.

CAPÍTULO V

Ya estaba en la sala de investigaciones, echado cuan largo era sobre un lecho metálico cuya dureza no sentía. Una extraña sustancia, introducida en sus venas por un raro artefacto muy parecido a una pistola, le mantenía inmovilizado. Pero podía seguir pensando, a pesar de todo.

Alrededor suyo tres alienígenas, dos hombres y una mujer de piel muy pálida y ojos rojos, miraban con profundo interés lo que iban mostrando las pantallas de un computador médico. De vez en cuando hablaban entre sí excitados, en un idioma que Hamilton no entendía.

Sin embargo, se imaginaba de qué estaban hablando.

De él, seguramente. De todas las cosas extrañas que se podían descubrir en su cuerpo aparentemente humano.

Aquellas vísceras sólo parecían humanas. Ellos, con sus aparatos, podían averiguar fácilmente las cosas que le diferenciaban de un humano ordinario.

No podían imaginar el horror que se ocultaba tras Burt Hamilton. Un horror ancestral, originado por una maldición sin tiempo, que ni siquiera él mismo conocía.

—Interesante —dijo de pronto uno de los hombres, que Hamilton ya conocía por una conversación anterior, dirigiéndose a él, en inglés—. Todo lo que nos dice la computadora es muy interesante, Hamilton. ¿Qué es usted, exactamente?

Hamilton descubrió entonces que podía hablar, aunque no moverse.

—Pensé que ya lo sabían —replicó irónico el joven.

—Lo único que sabía sobre usted antes era un montón de cosas que sonaban a leyenda, a literatura de horror. Cosas que no me servían para nada. Pero los datos que ahora nos está

proporcionando la computadora sí que nos sirven. Y mucho. Sus «habilidades» nos serán muy útiles. Más de lo que podíamos suponer.

Hamilton miró a Doel, la mujer a la que él intentó avisar. Ella bajó los ojos.

—Pero también nos crea muchos inconvenientes, debido a su complejidad. No podemos extirparle las partes del cerebro dedicadas a la voluntad, ni injertarle nada en él, pues de nada serviría debido a sus peculiares condiciones. Pero no se preocupe. Daremos con algún sistema para controlar a los clónicos.

—Inténtenlo —casi desafió el joven— No lo conseguirán.

—Eso lo veremos. Nuestra tecnología es muy avanzada y usted sólo es un mutante. Un vulgar mutante, debo añadir, cuya forma cambia debido a una alteración genética demasiado compleja incluso para nosotros. Y esa mutación se produce por un componente psíquico desconocido, perdido casi en su mente, en su subconsciente, que sale a flote sólo mediante un estimulo exterior. Un estimulo que bien podría ser una pequeña cantidad de radiación de determinada longitud de onda. Radiación que sobre la Tierra sólo provoca su satélite. Entonces se produce el cambio. La química de su cuerpo se altera totalmente y da paso a un ser muy diferente. Un ser que no podemos ni imaginar, pero del que sí sabemos algunas cosas: por ejemplo, que es extremadamente maligno. E inmortal.

—Se equivoca —hizo una extraña mueca el joven—. No es precisamente «inmortal» como imaginan. Pero si así prefieren llamarlo... Además, hay algo que puede matarme.

—Lo sabemos, aunque no intuimos el porqué. Su sangre parece rechazar cierto elemento metálico que aquí es conocido como «plata». Pero por lo demás, es prácticamente invencible.

—¿Así es cómo me ve la ciencia, verdad? Pero hay tanto que no saben... Tanto que jamás podrían intuir. Después de todo, ¿cómo unos seres cuyo principio fundamental es la ciencia, cuya estructura social viene determinada por el control genético, podrían siquiera imaginar que tienen ante ellos un horror sobrenatural, de más allá de la propia tumba, que nada o muy poco tiene que ver con la ciencia, que es producto de perdidos arcanos? Siento lástima por vosotros. Más lástima de la que me inspiro yo mismo, incluso.

Creéis que me tenéis en vuestro poder y es justamente al revés. Vosotros estáis ya en las garras del monstruo que llevo dentro, corriendo por mis venas. Y camináis derechos ciegos a todo, hacia las fauces de un hombre-lobo. No sabéis con qué os habéis topado. Y no lo sabréis hasta que sea demasiado tarde.

—¡Basta! —gritó el alienígena—. Al parecer su estado le ha perturbado mentalmente. No importa. Conseguiremos lo que deseamos, que es lo mejor para nuestra raza: el dominio de la Tierra. Y usted, Hamilton, será nuestra mejor arma.

Los otros dos científicos, sin embargo, miraban al joven licántropo con algo muy parecido al terror. Hamilton lo vio en seguida.

* * *

—¿Y Caroline? —quiso saber Burt—. ¿Cómo está?

—Muy bien —respondió Doel, al otro lado de aquella pared transparente—. Ha sido informada de todo lo que sucede y parece habérselo tomado con calma, aunque pregunta constantemente por usted. Parece sentir un gran aprecio por su persona.

—Es posible —se encogió de hombros—. Pero ¿qué será de ella? De mí no lo pregunto porque sé bien cuál será mi destino: acompañar a mis aullantes duplicados.

Ella torció el gesto.

—Lo más probable es que su mente sea reacondicionada para que lo olvide todo, y será trasladada de nuevo a la superficie. A las autoridades de su país les extrañará esa desaparición. Pero no debemos temer nada. Su caso entrará a formar parte de algún dossier sobre OVNIS o servirá para ilustrar algún libro de ufología. Eso si se la relaciona con lo que ustedes llaman «la fenomenología OVNI». Si no... todo se olvidará. La vida seguirá su cauce.

—Pero por poco tiempo, ¿no? Entonces vendrán ustedes con sus perritos carniceros y se harán con el gobierno del mundo —sonrió con dureza el joven—. Eso al menos es lo que pretenden. Pero me temo que las cosas no salgan como esperan.

La alienígena le miró con el ceño fruncido. Pero tras ese gesto Hamilton descubrió un miedo latente hacia él.

—¿Me teme? No se preocupe. Sólo muerdo cuando algo excita mi furia asesina. Cuando sale la Luna, ya lo oyó. Pero además nos separa este maldito cristal.

—No le temo.
—¿De verdad? Entonces es usted muy valiente. Muy pocas personas he conocido que, sabiendo la verdad sobre mí, no me tuviesen miedo. La mayoría, lo que sentía era auténtico pánico. Usted dice que no me teme. Veremos lo que piensa más tarde, cuando salga la Luna llena.
—No hará falta esperar tanto tiempo, mutante —oyó, de pronto.
Miró por detrás de Doel, que de pronto le había dado la espalda y se inclinaba, en señal de respeto y sumisión hacia el hombre que acababa de penetrar en aquella estancia. Hamilton se preguntó quién sería aquel fantoche de la túnica roja.
—Soy el Rector —se presentó a si mismo el extraño personaje—, el hombre que es a la vez dueño y señor de esta base, y de todas y cada una de las vidas que hay en su interior. Incluso la tuya.
—Me parece que yo estoy más allá de tu alcance —replicó altivo el licántropo—. Ni la muerte me puede tocar. ¿Cómo esperas hacerlo tú?
—Interesante pregunta —sonrió el Rector—. Pronto tendrá la respuesta. Y no precisamente cuando se produzca el plenilunio de nuevo, dentro de un mes de tiempo terrestre aproximadamente. No, será antes.
—Algo de eso oí antes —el gesto de Hamilton se volvió torvo—. ¿Qué quiso decir?
—Precisamente lo que oyó, mutante. No habrá que esperar tanto tiempo para contemplar su singular metamorfosis. Mis científicos están construyendo un aparato para poder controlar su mutación. Un aparato sencillo para nosotros, que nos permitirá la obediencia absoluta, no sólo la suya, sino la de sus duplicados licantrópicos.
—¿Es eso posible? —se horrorizó el joven, sintiendo que se erizaba el vello de su nuca.
—Si, mutante —rio el Rector—. Sólo es necesario un estimulador por radiaciones, conectado a su sistema nervioso. Con él, nuestro dominio sobre los clónicos-lobo y sobre su otro yo lobuno será absoluto.
Burt Hamilton sintió que todo daba vueltas en torno suyo. Era demasiado horrible la idea de que aquellos seres venidos de las estrellas pudiesen controlar a la bestia del plenilunio. Todavía más espantoso que si no lo lograsen, puesto que entonces peligraba la

humanidad entera. Su humanidad...

* * *

—Por favor, Doel, quiero ver a Burt.

Una lágrima resbaló por las mejillas de Caroline Renaux, cuyo corazón mismo parecía desgarrado desde el momento en que la mujer extraña en el planeta Tierra llamada Doel entró allí, se situó frente a la pared transparente y dijo:

—La prueba será dentro de unos minutos.

Ahora ella deseaba ver al joven. Una inmensa tristeza se reflejaba en sus verdes ojos, nublados en esos momentos por la amenazadora sombra del llanto. Quería verle, aun a sabiendas de que lo que contemplaría seria la mutación del hombre que amaba en una criatura que ninguno de los extraterrestres sabía aún qué forma tendría. Pero ella sí lo sabía.

Y Doel, como mujer que era, aunque de otro planeta, comprendía lo que la joven deseaba. Porque ella, al contrario que los clónicos, sí tenía sentimientos.

—Pero... no puede ser —dijo, a pesar de todo.

—¿Está prohibido que una mujer vea al hombre que ama? —preguntó Caroline, tragándose las lágrimas.

—No, pero... —dudó—, incluso el Rector desea que estés presente, para divertirse viendo tu rostro al saber que la Humanidad está condenada. Pero si tú no quieres, no te obligaran. Debe ser horrible ver convertirse a un hombre en un monstruo. Pero yo estoy obligada a ir.

—No lo entiendes. No entendéis todo lo que Burt está sufriendo con esto. Debe estar derrumbado, roto por dentro ante lo que está pasando. Si ya sufría antes, imagínale ahora. Debo estar a su lado.

Doel suspiró.

—De acuerdo. Sí así lo quieres...

* * *

De nuevo entraron tres soldados clónicos en su celda, con los bastones eléctricos en las manos. Hamilton sabía lo que significaba aquello.

Ya habían encontrado el sistema para doblegar su voluntad. Ahora querían usarlo con él. Si tenía éxito se lanzarían a la producción artificial de sus duplicados.

Se resistió, recibiendo en su cuerpo el castigo doloroso que transmitían los bastones con su solo contacto. Luchó contra ellos como una fiera, sin miramientos ni remilgos. Pero al final, capituló.

Inmovilizado en el suelo por una efectiva llave, que aún era más efectiva debido a la asombrosa fuerza de los extraterrestres, no pudo evitar lo que después hicieron con él. Uno de los clónicos le puso algo en el cuello. Algo negro, de metal, que se ceñía como vivo a su garganta.

Después le dejaron libre y se fueron los alienígenas. Tras ellos, se cerró la abertura por la que entraron momentos antes.

Hamilton se levantó, mientras palpaba con sus manos el negro dogal que habían puesto en su garganta. Estaba frío, como el metal que era.

Miró hacia la pared. Esta comenzaba a transparentarse de nuevo, gracias a algún procedimiento que el joven desconocía.

Y tras ella vio al Rector, con su túnica roja, mirándole sonriente. Le acompañaban un montón de hombres y mujeres de su raza, con brazaletes rojos. Y al fondo, junto a Doel...

Caroline.

Estaba allí, con las manos en la espalda, inmovilizadas por argollas magnéticas. Le miraba, con ojos tristes.

Hamilton se mordió el labio inferior e intentó sonreír. Sólo consiguió una horrible mueca que en nada se parecía a una sonrisa.

—Como ve, señor Hamilton —sonrió el Rector—, lo conseguimos. Ese dogal es el control que utilizaremos para dominarle. Su principio, como puede imaginar, es muy simple: una corriente radiactiva sale del dogal llegando hasta el cerebro, excitando el componente psíquico que provoca la mutación. Eso es todo.

—Está contento, ¿verdad? —replicó el joven—. Pero con eso sólo lograrán la metamorfosis. No controlarme.

—Quedaría usted sorprendido si supiese toda la verdad —le miró con sarcasmo—. Pero no estamos aquí para explicaciones. Esto es un experimento. Y usted, nuestro cobaya. Estamos aquí por un motivo, así que no retrasemos más lo que hemos venido a hacer.

Sacó un kit y sonrió. Su pulgar se acercó a un determinado botón.

—Este es, Hamilton. No luche. Será peor.

Burt miró, como alucinado, con los ojos muy abiertos, cómo pulsaba aquel botón fatídico. Después vio el rostro complacido del jefe de los alienígenas.

Sintió un vahído, mientras un espantoso calor se apoderaba de él.

Allí estaba de nuevo, luchando por salir, por matar...

Se rasgaron sus ropas. Comenzaba a crecer una espesa pelambrera gris, que llenaba su torso, sus brazos, su cuerpo todo... La sensación de vértigo aumentó.

Cayó, presa de un insoportable dolor. Un rugido terrorífico, animalesco, brotó de su garganta, que por momentos dejaba de ser humana y se transformaba en algo muy diferente.

Se oyeron algunas exclamaciones de horror entre los hasta entonces silenciosos espectadores de aquel trágico cambio. La mutación ya se estaba completando. El hombre se transformaba en bestia ante sus ojos. El resultado era mucho peor de lo que ellos esperaban.

Rugió el hombre-lobo, mirando amenazador a todos los presentes. Se abalanzó después sobre ellos, llenos sus espantosos colmillos de saliva caliente y espesa.

Naturalmente, se estrelló contra la pared transparente, cayendo hacia atrás por el golpe. Una carcajada llegó hasta sus oídos de lobo. Miró a su autor, gruñendo.

La pobre bestia no conocía al Rector. Su mente estrecha, de criatura estúpida, pero sanguinaria, nada sabía de aquel hombre tan extraño. Su olfato nada le decía, pues ningún olor llegaba hasta él.

Y sin embargo le odiaba. Sentía un furor sin límites cuando le vio.

No sabía por qué. Tampoco le importaba. Lo único que deseaba era matarle, tenerlo entre sus fauces...

Se levantó de nuevo, con gran agilidad. Pero esta vez no intentó siquiera tirarse sobre aquellos seres que le miraban. En lugar de eso, soltó un zarpazo tremendo hacia la pared invisible para él.

No logró nada, pero impresionó a su horrorizado público. Después se dedicó a intentar arañar las paredes, sin conseguirlo, ante su desesperación.

Caroline, mientras tanto, lloraba. Doel intentó calmarla.

—¿Por qué? —preguntó la joven—. ¿Por qué le hacéis esto? Dios

mío... ¿por qué?

No gritaba. Sabía que sería inútil.

—Silencio, muchacha —la aconsejó Doel, mientras se la llevaba de allí—. Salgamos. Lo que ahora sucederá no será agradable para ti.

Tenía razón la científica alienígena E hizo muy bien al sacarla de aquel lugar. Lo que siguió no le hubiera gustado.

El Rector quería probar la eficacia del aparato de control hasta sus últimas consecuencias. Para ello, también emplearía como conejillo de Indias al hombre lobo que antes fue Burt Hamilton.

Se metió en la celda de la bestia, acompañado por dos soldados clónicos, exactamente iguales entre sí. En su diestra llevaba el kit que servía para enviar señales al controlador.

El hombre-lobo gruñó de satisfacción al ver aparecer en su celda al hombre que le inspiraba tanto odio irracional. Enseñó sus agudos colmillos a los clónicos, que empuñaban bastones eléctricos, y se preparó para atacar.

Pero antes, cuando ya sus musculosas piernas de poderosa bestia humana de disponían a catapultarle por los aires para que cayera sobre la yugular del Rector, éste pulsó otro botón del kit, accionando otra de las propiedades del negro collar que el hombre-lobo tenía en su cuello.

La bestia aulló de dolor. Cayó como fulminada por un rayo, encogida sobre si misma. Un dolor lacerante recorría cada uno de sus músculos. Su carne maldita parecía desgarrarse en mil pedazos.

Segundos después el dolor cesó. La desgraciada criatura del plenilunio se retorcía aún en espasmos inconfundibles, provocados por el terror, después de haber recibido aquella descarga de alto voltaje que amenazó con matarle. Por vez primera, quizá en milenios, un hombre-lobo conocía el miedo y se apartaba, asustado, de la que momentos antes parecía ser su presa.

Sus orejas estaban caídas, mientras se arrastraba lejos del Rector y emitía lastimeros quejidos.

* * *

—¿Qué le están haciendo? —se volvió Caroline, cuando oyó el aullido de dolor—. ¿Qué le hacen? ¡Le están matando!

Doel la sujetó por los brazos.

—Tranquilízate —dijo la extraterrestre—, ya todo ha pasado. Y

no está muerto.

—¿Entonces?

—Le han aplicado un sistema muy doloroso para reducirle y hacer que obedezca —explicó Doel—. Un sistema bárbaro, que yo no apruebo. Pero ha sido el propio Rector el que ordenó que así se hiciese, al saber que la electricidad le produce dolor. Después de todo, piensa que sólo es una bestia.

—¿Y tú no?

La mujer de otro mundo no contestó.

* * *

Doel entró, algún tiempo después, en la celda de Hamilton. Este era de nuevo humano y estaba dormido en el metálico suelo, agotado y dolorido.

La abertura en la celda se cerró tras ella. La alienígena se acercó al joven terrestre, hincando las rodillas en el suelo para poder ver su estado.

Acarició su frente. Ardía.

¿Por qué le trataban como si fuera un animal? Era un hombre. Un hombre que sufría como nadie, aquejado de un mal mucho peor que la muerte. Y ahora su sufrimiento era mucho mayor, al saber lo que podía hacer la ciencia con su condición de licántropo.

Y sin embargo era preciso que así se hicieran las cosas. Era lo mejor para su pueblo. Si no, seguirían condenados a vivir bajo las aguas del Mediterráneo, sin poder disfrutar de las maravillas que puede proporcionar un mundo.

Pero... ¿lo lograrían? ¿Conseguirían dominar el ente diabólico que cohabitaba en el cuerpo de Hamilton por tiempo suficiente como para apoderarse de la Tierra sin utilizar ni una sola de sus poderosas armas de destrucción? ¿O quizá la naturaleza del licántropo, que iba más allá de sus conocimientos científicos, sería imposible de doblegar por la ciencia y se rebelaría contra ellos tal y como predijo Hamilton?

Eran preguntas que sólo el tiempo contestaría.

Hamilton despertó en aquel momento y vio a Doel. Intentó levantarse, pero se sentía demasiado mal como para intentarlo siquiera.

—¿Qué hace aquí, Doel? —preguntó, con voz ronca—, ¿Acaso no sabe ya, después de haberme visto antes, lo peligroso que soy?

Podría cogerla como rehén.

—Sé que ni lo intentaría —sonrió con tristeza la mujer.

—¿Por qué? ¿Acaso tiene usted también ese maldito aparato?

—No pero de todas formas sé que no me hará nada. Además, aunque lo hiciese de nada le serviría. Le necesitamos demasiado como para dejarle escapar por una sola vida. Preferirían que usted me descuartizara, pero no le liberarían.

—Son ustedes encantadores —esta vez si se puso en pie, al notarse mejor—. Me dan tanto asco que ya ni siquiera puedo vomitar.

—Le comprendo.

Hamilton miró entonces en derredor y quedó sorprendido. Las paredes estaban totalmente opacas.

—No lo comprendo —pareció confuso—. Creía que esto era otra prueba. Pero ahora...

—No —Doel volvió a sonreír—. Las pruebas ya terminaron, con resultados satisfactorios. Ahora usted no es útil, hasta que vuelvan a necesitarle. Todos están ahora en la siguiente fase del proyecto. Es decir, creando un clónico, el primero, con células sanguíneas que ya le extrajeron antes.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

—Nadie sabe que estoy con usted. He venido para ver cómo se encuentra después de... lo sucedido.

—Pero yo podría...

—Sí —su sonrisa se borró—. Quizá me equivoqué y he cometido una locura.

—No se preocupe —suspiró el joven—. No le haré nada. Sé que de nada me serviría. Lo que de verdad necesito es librarme de este maldito collar.

—Le ayudaré.

Hamilton, sorprendido, la miro fijamente.

—¿Se burla de mí? —preguntó.

—No, Hamilton —negó la extraterrestre—. Es que tengo el presentimiento de que no lo lograremos. Y eso equivaldría al final de mi pueblo. No quiero que eso suceda. Ni tampoco que sigamos con esto. Me inspira demasiado miedo. Por eso voy a ayudarle a escapar. Y a su amiga también.

—Eso puede traerle muchos problemas.

—Lo sé. Pero estoy dispuesta a afrontarlos. He pensado mucho en esto. Está decidido. Si fuera preciso me marcharía con ustedes para conocer el mundo, su mundo. Y eso es lo que pienso que deberíamos hacer todos: confundirnos entre los terrestres. Pero el Rector no me haría caso.

—Podrá venir con nosotros —la cogió por los hombros enfundados en tela azul—. Así seremos dos en las mismas circunstancias.

En señal de gratitud la besó en los pálidos labios.

CAPÍTULO VI

—¿Nos vas a ayudar a escapar? —Caroline no se lo creía.

—Sí, muchacha —respondió la mujer de pupilas rojas—. Sé que eso es traición a mi propio pueblo. Pero no me importa, porque creo que es lo mejor para ellos.

—¿Burt ya lo sabe?

—Sí, se lo dije antes. Estaba conforme.

—¿Cómo no iba a estarlo? Eso significa la libertad, la salvación de la humanidad terrestre...

Doel sonrió.

—Le preocupaba lo que pudiera sucederme a mí. Y eso me dio más fuerzas para seguir adelante. Ahora comprendo por qué estás enamorada de él. Es un hombre maravilloso. En nada se parece a su otro yo bestial.

Caroline Renaux se puso colorada hasta las orejas

—Sí —afirmó, con voz débil—. Es maravilloso.

—Finalmente, me dijo que podría ir con vosotros, que siempre habría un sitio para mí en vuestro mundo. Y accedí, pues sé que es lo mejor.

* * *

—Todo está preparado —dijo Doel a Burt—. Hace unas horas, mientras la mayoría estaban ocupados, me encargué de nuestro medio de huida. Se trata de un aparato diseñado para salvamento, en caso de que algo sucediera en la base.

—Está bien —asintió el joven— Una pregunta, ¿por dónde están ahora? ¿Por qué fase del proyecto?

—El óvulo destinado al proyecto ya ha sido fecundado, después de destruir su código genético e introducir en él una célula sanguínea que te fue extraída. Ahora se encuentra en una cámara de

crecimiento acelerado. Dentro de unas horas será un clónico adulto.

—Dios mío... —se horrorizó el licántropo—. Si ese clónico sigue con vida, de nada servirán nuestros esfuerzos. Debe ser destruido.

Doel se mordió el labio inferior.

—Tienes razón —se mostró de acuerdo—. Con él podrán seguir creando más duplicados. Pero ¿cómo?

—¿Me podrías librar de este estúpido collar? Me siento como un chucho con él. Y apaleado, para ser más preciso.

—Me temo que eso será difícil. Si se tratase de quitártelo se dispararía toda su carga energética, matándonos a los dos.

Hamilton soltó un gruñido de contrariedad.

—Pero podría evitar que te enviasen más descargas. Lo otro es imposible de solucionar sin el equipo adecuado.

El rostro del joven se iluminó.

—No importa —dijo—. Con eso me basta. Así no seguiré temiendo que puedan matarme cuando a ellos les dé la gana

Doel se marchó de la celda. No había nadie vigilando aquel sector. Después de todo... ¡era imposible que se escapase el prisionero! Eso pensaban.

Poco después regresaba con un trozo de tela muy extraña y se lo colocaba con grandes dificultades en la nuca, entre la piel y el collar.

—Rayos —se quejó Hamilton—. Con esto me resulta difícil respirar. ¿Estás segura de que así no me podrán convenir en una longaniza asada?

Doel rio.

—No, ese material es totalmente refractario a la electricidad. No temas más por esa cuestión. Ya está solucionada.

—Bien —sonrió el joven—. Pero ahora viene lo más difícil. Y eso deberás hacerlo sola, a menos que desees que te acompañe. Pero entonces tendremos que huir a toda prisa.

—Supongo que será más rápido de esa manera.

—Si, tienes razón. Pero debemos escoger un momento en que la sala donde se encuentran las cámaras de crecimiento acelerado esté desierta.

—Me temo que eso nunca sucede.

—¿No? Entonces nuestro único remedio será crear algo de distracción.

* * *

Era el momento.

Doel había entrado de nuevo en su celda. Estaba muy seria.

—¿Preparado? —preguntó tan sólo.

—Sí —la respuesta del terrestre fue escueta.

Salieron de la celda. No había ningún clónico de piel pálida y ojos escarlata a la vista. Pero no se podían confiar.

—Vamos.

Comenzaron a andar. Doel era la que conocía el camino. Hamilton iba alerta, preparado contra cualquier evento.

—Cuidado —susurró el joven, mientras agarraba a la alienígena por un brazo y la obligaba a pegarse a una de las paredes metálicas.

Doel comprendió al oír unos pasos cercanos. Otro pasillo cruzaba el que ellos recorrían. Por él iba alguien.

Hamilton soltó a la mujer y la hizo gestos para que permaneciese en silencio. Después comenzó a deslizarse hacia el cruce, pegado a la pared.

Esperó, tenso todo su cuerpo bajo las destrozadas ropas que llevaba. Una figura se destacó durante unos segundos en aquel lugar, que le reconoció al instante.

El terrestre saltó. El tipo no era un clónico, pero sin duda sería igual de fuerte que los duplicados sin mente que usaban para las misiones peligrosas. Afortunadamente, lo hizo antes de que tuviera de gritar.

El puñetazo que le propinó casi le rompió la mandíbula. Pero aquél no era el momento para andar con cuidado. Lo importante era que el individuo en cuestión yacía dormido y no podía dar la alarma

—Venga —el joven hizo señas a Doel—. Larguémonos de aquí pitando.

Poco después estaban frente a la celda de Caroline.

Doel manipuló en su cinturón y se produjo una abertura en la pared. Tras ella vieron a la joven.

Caroline, conteniendo un grito de alegría, se lanzó a los brazos de Hamilton, llorando casi. Le besó como enloquecida.

—Cálmate, Caroline —el joven puso una mano en su boca—. Nos pueden descubrir. Y hemos de andar con mucho tiento.

La francesa asintió, sin pronunciar una sola palabra.

—Sigamos nuestro camino —les apremió la mujer extraterrestre.

Comenzaron a andar, guiados siempre por Doel.

—¿Te encuentras bien? —susurró Hamilton.

—Sí, cariño —sonrió Caroline—. Ahora me siento bien teniéndote a mi lado. Y me sentiré mejor cuando hayamos escapado y estemos lejos de aquí. ¿Y tú?

—Algo cansado, pero mejor que hace unas horas.

—Ha debido ser horrible para ti.

—Sí, Caroline —miró en tomo—. Horrible de verdad. Me sentía peor que cuando erraba por los campos, sabiendo que era un asesino. Mucho peor.

—Ahora no te preocupes —volvió a sonreír—. Esto está muy silencioso, ¿no es verdad?

Doel se volvió hacia ellos.

—Estamos llegando, Burt —dijo.

El joven frunció el ceño.

—Bien, entonces vayamos más de prisa. Cuanto antes acabemos, mejor.

—¿Adónde vamos, Burt? —preguntó Caroline, preocupada por el tono del joven—. No es al sitio por el que debemos escapar, ¿verdad?

—No —fue su única respuesta—. ¿Lo dejaste todo listo para la acción?

Su pregunta estaba dirigida a Doel, que sonrió. Sus ojos rojos destellaron.

—Sí, coloqué una carga explosiva de poca potencia en una computadora de la sala. Con este detonador podremos activarla. No hará muchos daños, pero sí ruido y llamas. Los vigilantes se distraerán.

Tenía en su mano un aparato de pequeño tamaño, con un botón rojo en su parte superior.

Hamilton sonrió.

—Buen trabajo —felicitó.

—Silencio —se puso un dedo en la boca—. Aquí es.

Caroline miró hacia todos los lados y no vio nada, salvo las paredes metálicas a ambos lados del pasillo. Estaba confundida. Pero permaneció en silencio.

Doel miró interrogante a Hamilton. Este asintió con su morena

cabeza.

Era la señal. Estaba preparado.

Sin pensárselo dos veces, pulsó con fuerza el botón rojo. Siguió a aquella acción una horrísona explosión en alguna parte que hizo retumbar las paredes.

Se disparó una alarma al mismo tiempo, llenando el aire con sus chirridos.

Todo lo demás sucedió muy rápido.

Doel volvió a manipular en su cinturón. Una entrada apareció en la pared. Saliendo mucho humo de ella. Unas figuras borrosas estaban al otro lado intentando sofocar unas llamas.

Entraron como en tromba. Hamilton pegó un rodillazo en los testículos a uno de tos científicos extraterrestres que estaban distraídos con el fuego. Este cayó, con un gemido.

Los otros dos se volvieron, dispuestos a repeler el ataque. Doel, apretando con fuerza en su diestra el detonador, le pegó un espectacular puñetazo a otro, dejándole inconsciente al instante. El tercero besó el suelo poco después, tras un breve forcejeo.

Los puños de Hamilton le enviaron al país de los sueños.

—Entra, Caroline —ordenó después a la francesa.

Esta obedeció y se metió en aquella sala llena de humo. Doel, tras ella, cerró la puerta.

A pesar del humo, se podía ver bastante. Aquella sala estaba llena de extrañas máquinas llenas de lucecitas, pantallas y botones.

Hamilton recordó lo parecido que era todo aquello a muchas de las películas de ciencia ficción que había visto. Sólo que aquello era real. Muy real.

Por fin, ante él lo vio.

Sintió un escalofrió.

Allí estaba lo que vino a destruir. Metido en un gran tubo de cristal. Flotando en un líquido incoloro.

Parecía muerto. Pero estaba vivo. Hamilton lo sabía. Todos ellos lo sabían.

Y ahora él tenía que matarlo. Tenía que matarse.

Porque lo que allí flotaba, con los ojos cerrados, con el pecho inmóvil, era EL MISMO. Su propia imagen reflejada. Su duplicado, ya totalmente crecido.

Y durante aquellos segundos de angustia Burt Hamilton recordó

la historia, ficticia, pero famosa, de aquel hombre que viajaba por el tiempo y se mataba a sí mismo ¿No sería aquello algo parecido?

—Destrúyelo, Doel —dijo, a pesar de todo.

La mujer se acercó a una consola y se dispuso a pulsar unos botones.

—¡No lo hagas, traidora! —tronó de pronto una voz—. ¡Como pulses algo seréis ejecutados en el acto!

Se volvieron, sobresaltados. ¡Hablan sido descubiertos antes de lo que esperaban!

Allí estaba el Rector, acompañado de algunos clónicos armados con extrañas pistolas. Y parecían dispuestos a usarlas a una sola orden del enfurecido jefe de aquella base extraterrestre.

—Son proyectores de luz sólida, mutante. Un solo disparo os atravesarla de parte a parte —amenazó el Rector.

—Es posible —sonrió con dureza el joven—. Pero a mi no me matarían. Yo puedo destruir vuestra obra sin ningún temor.

Se acercó a la consola.

—Tú si, pero no tus compañeras —los clónicos las apuntaron—. A ellas podemos matarles. Y, sin Doel, no sabrías manejar los controles.

El licántropo encajó las mandíbulas.

—No te atrevas a disparar —silabeó— o juro que os mataré con mis manos. No necesito nada más. Y no tendríais ninguna posibilidad ante un *vurdalak*. Incluso puedo destrozar con mis puños esta consola.

Una amplia sonrisa curvó los labios del extraterrestre.

—Sabes que te tengo controlado —comentó, mientras sacaba su kit de control—. No puedes permitirte el lujo de amenazarme.

En ese momento entró en la sala aquel científico tan odioso al que Burt conocía, junto a una pareja de clónicos. Comprendió la situación en el acto.

—Esta es una estupenda ocasión —siguió hablando el Rector— para comprobar hasta qué punto llega mi dominio. Tú mismo matarás a tus amigas, mutante.

Caroline y Doel miraron aterrorizadas al joven.

—¡No! —gimió éste—. No lo hagas. Eso no…

No hubo clemencia. El Rector pulsó el botón de su kit.

Entonces de nuevo se produjo la singular metamorfosis de

hombre a bestia. Burt Hamilton dejó de ser él mismo para pasar a ser sólo un monstruo sin mente y con ansias de matar. Sólo... un hombre-lobo.

Hubo un rugido estremecedor, mientras el monstruo miraba a todos los presentes. La saliva resbaló por sus fauces.

—¡Mátalas, mutante! —gritó el Rector—. ¡Mátalas!

Las dos mujeres temblaron cuando los ojos rojizos, inyectados en sangre, del hombre-lobo se posaron en ellas. Había en aquellos ojos avidez de sangre.

Pero nada debían temer ellas. Las intenciones de la velluda criatura no eran precisamente devorarlas a las dos.

Ambas lo adivinaron cuando, alertado por su olfato sin duda, la mirada de la bestia lunar se desvió de ellas y se clavó en otra persona.

El Rector.

Un rugido de triunfo surgió de aquellas mandíbulas poderosas. Brillaron los impresionantes caminos.

Algo había cambiado en la criatura. Ya no temía al personaje extraterrestre. Quizá inconscientemente, sabía que no podría hacerle más daño.

—¡Mátalas! —seguía ordenando el Rector.

Avanzó el monstruo, encogido, al acecho, hacia los alienígenas. El Rector sonrió y pulsó un botón del kit

—¡No sucedió nada!

El hombre-lobo seguía yendo hacia ellos, inexorable. Volvió a pulsarlo, obteniendo un nuevo fracaso.

Ante el peligro que aquello suponía, optó por devolver a la normalidad a Hamilton. Se dispuso a apretar el botón.

No llegó a hacerlo. El hombre-lobo cayó sobre él como un huracán, dispuesto a matarle. Cayó el kit al suelo. Chilló desesperadamente el Rector.

Una dentellada feroz en la yugular acabó con su grito. Y con su vida. Un surtidor de roja sangre apareció en su cuello.

Cayó como un pelele. Pero no por eso le respetó la bestia. Sus zarpas se clavaron una y otra vez en el cuerpo todavía caliente, desgarrando sus ropas y mutilándole salvajemente.

Un rayo de luz surgió de alguna parte, atravesando su enorme cuerpo peludo de lado a lado. No sintió ningún dolor, pero a pesar

de todo rugió.

Se levantó como una centella y, con un aullido bestial, se abalanzó sobre los demás extraterrestres. Varios dardos luminosos le alcanzaron, sin efecto. Sólo la plata podía acabar con su maldita vida.

Los clónicos no sintieron ningún miedo. En su mente no cabía tal sensación. Pero a pesar de todo sólo pudieron morir bajo aquellas garras terribles, aquellas fauces monstruosas...

Fue una masacre. Sus zarpas desgarraban pechos con la misma facilidad que el papel. Sus mandíbulas mutilaban todo lo que podían. No importaba que fuera una mano, una pierna... o una cabeza.

Horrorizadas ante aquella carnicería, aquella orgía sangrienta, Doel y Caroline no tenían ánimos ni para moverse. Pero Doel, superando su horror, quiso acabar con la matanza y se acercó con cautela a ellos, procurando no mirar. Sus ojos estaban posados en el kit sobre el que se tiró después, pulsando desesperadamente el botón que podía acabar con la bestia, devolviéndola al subconsciente de Burt Hamilton.

Aulló de dolor el hombre-lobo, sintiendo el cambio, y se encogió como si le estuvieran despedazando. El vello comenzó a desaparecer con increíble rapidez. Sus facciones se volvieron humanas, igual que el resto de su cuerpo.

—Gra... cias — gimió Hamilton, aún no convenido totalmente en humano.

Doel se volvió hacia la consola. Ahora era la ocasión para acabar con el clónico-lobo.

Se quedó petrificada. Su superior científico estaba allí, con otro kit en sus manos. Un kit que serviría para controlar al clónico y que había estado allí todo el tiempo.

—No lo hagas, Koar —le avisó—. El Rector está muerto.

—Si, pero no puedo dejar que fracase el proyecto —pulsó un botón brillante de la consola—. El clónico se ocupará de vosotros, mientras las fuerzas de seguridad se preparan.

Brilló durante unos momentos el tubo transparente.

—Loco —Doel miró a Koar con angustia—. No sabes lo que has hecho.

—Si lo sé, Doel.

Y mientras decía aquello su índice apretó un botón de su kit.

—Ya está hecho —dijo, mientras echaba a correr.

Hamilton, ya humano, se tiró sobre él.

—No te irás, maldito —silabeó, inmovilizándole con facilidad—. ¿Qué has hecho?

—Liberar al clónico, Burt —respondió en su lugar la mujer extraterrestre.

Hamilton dejó irse a Koar y a los clónicos supervivientes. Pero antes, el científico cogió un arma y disparó sobre las computadoras.

Hubo algunas explosiones. El joven cubrió a las dos mujeres con su propio cuerpo, procurando alejarse del fuego.

—¡Está loco! Esta sala está muy cerca de un silo de armas mortíferas. Si es destruida ¡toda la base estallará! —se angustió Doel.

Un rugido llegó hasta ellos.

—Dios mío —se horrorizó Hamilton.

Allí estaba, mirándoles amenazador. Un odio inusitado apareció en las pupilas sanguinolentas de su duplicado lobuno.

Estaba sucediendo algo que jamás hubiese imaginado. Verse él, frente a frente, con su otro yo bestial, en una lucha a muerte. Un destello de odio apareció también en sus ojos.

Apartó a las mujeres.

—¡No, Burt! ¡No lo hagas! —gritó Caroline, temblando de miedo —. ¡No conseguirás nada!

Le agarraba por el brazo. Hamilton miró a Doel.

—Seria una lucha estéril, Burt —dijo la mujer de otro mundo—. Los dos sois inmortales. Y aquí no hay plata.

Tenía razón. Ninguno de los dos lograría la victoria, pese a que el hombre-lobo parecía llevar todas las ventajas por su aspecto.

Las llamas crecían. El humo se hacía más denso.

La puerta estaba cerrada.

—Vámonos —dijo.

Doel abrió la puerta con ayuda de su cinturón.

—Iros —dijo.

—¿Y tú?

—Debo intentar acabar con el fuego.

—Lo comprendo —Burt sonrió, cogiéndola por los hombros—. Tienes razón.

Acto seguido le pegó un puñetazo. Doel se desplomó al instante, sin saber el porqué. Hamilton la cogió con sus fuertes brazos y se la puso al hombro. Como apenas pesaba, no fue una molestia.

—Salgamos —ordenó a Caroline—. Y a toda prisa.

Salieron corriendo de allí. El clónico-lobo les persiguió.

«Lo siento, Doel —pensaba el joven—. Lo siento por ti. Pero no podía dejarte. No lo hubieras conseguido, por mucho que lo hubieses intentado. Mi duplicado te habría despedazado mucho antes. Lo siento. De verdad.»

—¿Dónde mierda estará nuestro medio de escape? —farfulló.

—Por aquí, Burt —señaló al frente, a una pared que les cortaba el paso—. Ahí está.

—¿Seguro? —dudó Hamilton.

—Ella me dijo dónde estaba por si pasaba algo.

Sin ningún cuidado, arrancó a la inconsciente Doel su cinturón. Se volvió, mientras lo manipulaba como vio hacer a la alienígena. El clónico-lobo estaba cerca. Podía oírle.

Una puerta se abrió. Pasaron inmediatamente a través de ella. Sin más dilación, la cerró.

Allí estaba su medio de escape. Un sistema ideado para casos de máxima urgencia: un proyector de materia.

No se preocupó ni de mirar los diales. Sencillamente, introdujo a las dos mujeres y dijo:

—No temas. Ahora iré.

Y dio a una palanca. Hubo un brillo cegador… y las dos mujeres desaparecieron. Después fue él.

* * *

Aparecieron en medio de un bosque que no conocían. Pero desmayados.

Cuando recobraron el conocimiento, Doel demostró que aunque no era terrestre también podía llorar. Hamilton intentó calmarla.

—No tuve otro remedio, Doel. El clónico te habría matado.

—No te preocupes —sonrió con tristeza, limpiándose las lágrimas—. Hiciste lo que debías hacer. Te lo agradezco. Quizá sea mejor así.

—No estarás sola —le aseguró el joven licántropo—. Yo, al menos, estaré siempre a tu lado.

—Y ambos viviréis en mi casa —sonrió también Caroline—.

Seremos una familia extraña. Pero no importa.

—Por cierto, ¿dónde estamos?

EPÍLOGO

—¡Padre!

—¡Caroline, hija mía! —gruesos lagrimones aparecieron en los cansados ojos de *monsieur* Renaux al ver a su hija aparecer en un vehículo que se había parado frente a su casa en Nimes.

Caroline corrió hacia la casa. Su padre acudió a recibirla. Y se fundieron en un cálido abrazo.

—Hija mía —lloraba—. Creí que te habías marchado para siempre. Pregunté en todas partes. Incluso en hospitales. Denuncié tu desaparición a la policía. ¡Qué alegría, hija, ver que estás bien!

Otras dos personas bajaron del automóvil. Una parecía una mujer, que ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras, de piel muy pálida. No la conocía. Al otro, sí.

—¡Hamilton, muchacho! ¿Tú también? ¿Qué os ha pasado?

—Es una historia larga de contar —sonrió el joven, cuando estaba junto a ellos—. Y tan fantástica como yo mismo. Después se la contaremos. Hemos hecho un viaje directo desde Baleares hasta aquí y estamos cansados.

—¿Baleares? Bien, luego me lo contaréis. —Se acercó más, preguntándole al oído—: ¿Quién es esa mujer?

—Sólo eso: una mujer —sonreía—. Una mujer que nos necesita.

La miraron los dos. Ella parecía extrañada por todo lo que veía. Y sonreía.

—Bien —suspiró Renaux—. Ya me daréis más detalles. ¿Y tú? ¿Qué tal estás?

—Bien, dentro de lo que cabe. Pero sigo con mi mal.

—No te preocupes. Seguiremos buscando una cura. Quizá algún día la consigamos.

Se separaron padre e hija de él entrando en la casa, charlando animadamente.

—Ya tienes una casa, Doel —sonrió Hamilton, cogiéndola por los hombros—. ¿Estás contenta?

—Estoy preocupada, no sea que me vayas a dar otro puñetazo —rio ella.

—No te preocupes. No lo volveré a hacer —levantó las manos—. Pero en serio...

—Sí, estoy contenta. Quizá aquí seamos felices los dos.

—Sí, quizá... Y no nos será fácil conquistar la felicidad. Los dos lo sabemos.

—Hay una cosa que me preocupa —se puso seria de pronto—. Yo no sabía bien quiénes erais vosotros. Ni esa familia. Pero ahora me he fijado mejor y acabo de recordar algo.

—¿Qué?

—Ese hombre no es el padre de Caroline. Cuando lo he visto, le reconocí. Es un clónico. Sin duda el que avisó a los de mi raza de tu existencia.

Hamilton permaneció un instante callado.

—Lo sé —asintió al fin—. No podía ser de otro modo. Pero no enturbiemos la felicidad de Caroline, que al fin y al cabo es la nuestra. El clónico se comporta como su verdadero padre. Incluso tiene sus sentimientos. Y ahora nadie le controla. No digamos nada.

—Sí, será lo mejor. Seamos todos felices.

Y comenzaron a caminar hacia la casa...

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España

Notas

[1] Criaturas creadas a partir de la unión de una célula no sexual y un óvalo sin código genético El resultado es un duplicado del ser propietario de la célula no sexual (N. del A.) <<